

FULANA DE TAL

Recuerdos de **Cádiz**  
y **Puerto Real**

(1841-1850)



LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

PARÍS, 1899.

ANT  
XIX  
504

A la Señora de Cha  
May espardecida  
lo amable que se me  
ha hecho su saluen  
Susana, S. S. S. S. M. B.  
J. P. P. P. P.

RECUERDOS

DE CÁDIZ Y PUERTO-REAL

Paris  
3 Sept 1900

---

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.

19 cms.

R. 42.590



RECUERDOS

DE

# CÁDIZ Y PUERTO-REAL

(1841-1850)

POR

FULANA DE TAL

---

PARÍS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

—  
1899



## PREÁMBULO

Hay horas muy tristes en la vida, y en algunas de estas horas de las que meten el corazón en un puño, me vino la idea, para no dejarme ir sin riendas á mis penas, de esforzarme, echando la vista atrás hacia los felices años de mi niñez y de mi juventud, á poner por escrito lo que á la memoria me viniese de aquellos tan pasados tiempos.

Poco á poco me fui engolfando en mi emprendida tarea, y numerosos episodios se me iban presentando tan claramente á la memoria que acabaron por hacerme ver visiones y transportarme muy lejos.

Ahora que escritos están quiero dedicar estos recuerdos á los amigos de mi tiempo que aun quedan, sobre todo los del país que me vió nacer, á los que se me figura que sonreirá, como á mí me ha sonreído, el recordar cosas *antiguachas* que despiertan gratas sensaciones de los primeros años.

Verán estos amigos y compatriotas, que á la que nació *allí* en el Cádiz de nuestra España no se le ha olvidado nada de lo de *por allá*; y si el haber tratado de lo que pueda parecer pamplinas les hiciese temer que me haya acometido ya algo la *chochera*, que se acuerden que (*años más años menos*) somos *contemporáneos* y al leerme, sean indulgentes para tanta cosa como lo necesitaré, principiando por mi muy incorrecto andaluz y mi completa inexperiencia como *escritora*, para pensar sólo en acoger con paciencia y amenidad estos *Recuerdos* que les ofrece la fiel amiga de antaño.

# RECUERDOS

DE

## CÁDIZ Y PUERTO-REAL

---

### CAPÍTULO PRIMERO

Presentación. — La familia. — Los jubileos en Cádiz. — El Judas. — El Gallumbo. — Las borricadas. — Las brevas y las moras.

No pienso citar nombres de familia ; los que me conocen saben mi origen y que soy de Cádiz, y los que no, háganme el favor de hacer como si lo supieran y de contentarse con esta sucinta presentación, con la que *mal que bien* cumplo con la costumbre que exige que sepan los lectores quien se mete con ellos.

Cumplida esta obligación, entro en materia sin más acá ni más allá.

Tuve felicísima niñez, y en cuanto á mis amados padres, imposible sería, aunque fuesen man-

dados hacer á propósito, ó buscados con candil, encontrar modelos de padre y madre más encantadores de lo que ellos fueron.

Éramos numerosa familia de vástagos de ambos sexos; pero fuimos *compañeros*, por similitud de edades, la hermana que me seguía, una servidora de ustedes (verdaderas inseparables), y dos simpáticos y traviosos varones; cuando más adelante diga *nosotros los niños*, de nosotros cuatro se tratará; los más chicos eran para nosotros *la chiquetería*. Este término no se hallará en ningún diccionario, pero á nosotras nos hacía mucho avio y era expresión de lo que queríamos significar.

Críeme entre Cádiz y Puerto-Real, pueblo de la bahía donde tenían nuestros padres casa de campo, en aquella inolvidable Andalucía tan propiamente llamada la tierra de María Santísima.

Las raíces que entonces penetraron en mi corazón en él las tengo aún, bien impresas y bien arraigadas, y tan frescas como flores acabadas de coger.

Segura estoy de que hoy día habrán desaparecido muchas de las sencillas costumbres de *aquellos tiempos*, que ya nos parecían *anticuadas* ó *antiguachas*, como en Cádiz decíamos; pero es verdad que eso mismo les da cierto mérito y voy á recordar algunas; primero, por el gusto de rejuvenecerme al hablar de ellas, y luego porque,

como *Antiquum documentum*, son curiosas de anotar por su sabor á reliquia.

Poca ó ninguna trabazón llevan estos renglones, pero quisiera que si alguna vez los leyese algún *modernista futuro*, sirvieran para demostrar la llaneza é ingenuidad con las que tanto los *niños* como la *gente grande* se divertían entonces, lo que va desapareciendo en la actualidad, gracias á las exigencias del exagerado lujo y á la esclavitud de querer siempre *aparentar* y darse importancia.

Al estudiar la historia vemos que con el tiempo se desvanecen los detalles, sobresaliendo únicamente los hechos importantes que sólo entonces toman la significación que les corresponde, de la que carecían en la época en que acaecieron.

Otro tanto sucede en la vida de cada cual; muchas de las cosas que parecen insignificantes cuando pasan suelen revelarse luego como dignas de interés, no habiéndolo parecido cuando estaban demasiado cerca.

Digo esto porque advierto que, cuando torna mi pensamiento hacia lo pasado, surgen del nebuloso caos y con intensa claridad, casi siempre los mismos episodios, sobreviviendo éstos, sin saber por qué, pues muchos de entre ellos son enteramente prosaicos; otros tienen siquiera su tintura de poesía.

Por sentimiento de respetuosa deferencia principio á citar mis recuerdos por uno de carácter religioso que piadosamente conservo.

¿Quién adivinará cuál es en un París y en mi edad, por mi desgracia ya respetable, mi mayor distracción al llegar la primavera? Hay que confesarlo; es cultivar macetas. ¿Y de qué? De pino y de albahaca. ¿Y por qué? Aquí llegamos á la explicación. Pues, señores, es porque ver el pino y oler la albahaca, es para mí como estar volviendo á ver refractado cual en un espejo, haciéndome retroceder hasta el mismo Cádiz de mi tiempo, un inolvidable recuerdo.

Creo encontrarme de nuevo, y más bien que en otras, en las iglesias del Carmen y de Santiago, donde tantas veces iba al jubileo con mi madre. Allí me quedaba largos ratos contemplando aquellos hermosos altares resplandecientes de cirios encendidos, delante del Santísimo, rezando con fervoroso ahinco, y admirando el poético ornato de la Iglesia. ¡Qué claro veo los plumosos haces de pino cuyo claro verde alternaba con el más obscuro de las acopadas macetas de albahaca que adornaban los escalones del altar mayor! Luego, llegan á mis oídos los cantos de múltiples canarios que en doradas jaulas cuelgan de la bóveda completando la decoración del santuario. ¡Ay! ¡Iglesias mías, quién os tuviese

aquí! ¡No lo estáis, pero eso no quita que, como si así fuera, todo lo estoy viendo, oliendo y oyendo! ¡Y todo gracias á mis macetas de pino y de albahaca! ¡Por eso las cultivo!... ¿No se comprende?

De este dulce recuerdo retrocedo á uno de más tierna edad y más prosaico. Nos veo, nosotros cuatro, *los compañeros*, ya no en Cádiz sino en Puerto-Real, en casa de un respetable dignatario eclesiástico allegado á la familia, que tenía una buenísima hermana muy madraza para los chicos, con la cual nos mandaban á menudo nuestros padres *para jugar*; ¡y lo que jugábamos, y á cuantísimas cosas jugábamos!...

El excelente sacerdote era también buenísimo con nosotros, prestándose á tolerar nuestras numerosas travesuras.

La gran ocasión de agitada faena era cuando se trataba de *vestir un Judas*.

Consistía esto en hacer un muñeco de trapos, del tamaño de un hombre, para luego... ahorcarlo, ni más ni menos, en castigo de su odiosa traición.

Ya se inferirá lo que gozábamos de participar en esta empresa magna, y lo que nos sofocábamos para *ayudar*.

Nos dejaban cariñosamente creer que lo hacíamos, aunque de seguro sólo estorbábamos, pero

nuestra cándida creencia nos bastaba, y nos poníamos muy ufanos de nuestra obra al ver listo el espantoso muñeco cuya vestimenta de viejísimo pantalón, deshilachado chaleco y aplastado y mugriento sombrero de copa alta, seguramente el Judas verdadero jamás conoció.

¡Cuántos esfuerzos empleábamos luego, siempre, naturalmente, para *ayudar*, según lo creíamos, cuando se trataba de dar fin á la tragedia tirando, á cual más, de la cuerda de la horca!

No dudo que estábamos persuadidos que veníamos al Señor, pues tirábamos con robusta fe. Esto nos habrá seguramente absuelto de haber hecho tan despiadadamente el papel de verdugos.

Aunque inocentemente, mucho nos divertía é interesaba este notable acontecimiento, encuentro que otra clase de diversión hubiera sido preferible.

Lo mismo digo tocante á la gran distracción de la gente del pueblo en Puerto-Real, á la que grandes y chicos participaban, es decir, á la salida del *Gallumbo*. Si se escribe así ó *Gayumbo*, no lo sé, pues como la palabra *Chiquetería* no existe ésta tampoco en el Diccionario; pudiendo escoger por lo tanto la ortografía, escojo la *ll* en lugar de la *y* por recordar mejor su sonido la pronunciación de la tal voz.

Cuando llegaban las noches de San Juan y San

Pedro, encendíanse delante de muchas *casapuer-tas* inmensas barricas medio llenas de brea que, armando viva llamarada, daban mucha alegría al aspecto de las sombrías calles; en las que había estrepitosa animación por ser la gran proeza de los pilluelos ó *pillillos*, como los puertorrealeños decían, dar grandes carreras y saltar por encima de las candeladas á cual mejor.

Llegaba esta animación á su apogeo cuando hacia las doce de la noche salía el *Gallumbo*, nombre dado á un toro de cuerda que recorría las calles asustando y ¡asustado el pobre animal!

Lo que había entonces de carreras, silbidos agudísimos y de atronadores gritos, unos para animar al toro, otros de terror cuando se lo veían venir encima demasiado bravo, no se puede describir.

Á veces, cuando los guiadores agarrados á la larguísima cuerda, con la que se daba por momentos completa latitud á los caprichos del *Gallumbo*, se llegaban á descuidar, sucedía que pasando la cuerda sobre la llama de una barrica, se prendía fuego á ella y libre el toro, hacía de las suyas hasta poder la muchedumbre volver á apoderarse del trozo restante de la cuerda que quedaba atada á los cuernos del animal; estos momentos eran los palpitantes de la función.

Lo extraño era que casi nunca sucedían desgra-

cias, sin embargo de lo arriesgado de la diversión.

Inútil es decir que, como buenos andaluces, cuanto criado y criada había en la casa, todos se alborotaban con el *Gallumbo*; y como les hubiese parecido inhumano que *los pobrecitos niños* se quedasen sin verlo, venían, por consiguiente, caritativamente á despertarnos, gritándonos: ¡ *Niños, el toro!* y despavoridos y aún medio dormidos, nos encontrábamos envueltos en pañolones, mantas, ó lo que más á mano había, transportados en brazos á las rejas bajas de la casa, á las que ya por el exterior se encaramaban los que huían del *Gallumbo* que, á veces, venía á rozarse con ellas.

No pestañeábamos, por supuesto; pero no puedo creer que fuese buena esta diversión tampoco para niños; pues el fantástico aspecto de lo obscuro de la noche, alternando con las brillantes llamas de las candeladas, conjunto algo diabólico, la gritería de los que toreaban, la vista del acosado toro que, probando á embestir llegaba con su enorme mole hasta nuestras ventanas, como ya dije, y se hubiera podido tocar con la mano, no es posible que todo esto no produjese una agitación de ánimo nociva para infantiles cerebros, sobre todo al salir repentinamente de profundo sueño.

Lo que puedo decir es, que numerosas veces me he resentido de la aterrorizadora impresión de las noches del *Gallumbo*, habiendo sufrido toda mi vida en mis pesadillas horribles angustias huyendo de toros, lo que á dicha temprana impresión atribuyo.

Del toro pasemos al burro, animal más manso, pero en igual veneración en Puerto-Real en donde se criaban, y tal vez se críen aún, magníficos ejemplares de la casta.

El burro puertorrealeño, modelo de su tipo, era de hermosa presencia, alta alzada, grandes y agitadas orejas, dulces y expresivos ojos, y añadamos á tanta prenda: la fuerza, la agilidad y una terquedad sin igual.

*Ir en borrico*, como allí se decía, era el bello ideal de *nosotros los niños*.

Á menudo, la gente joven participaba de nuestro entusiasmo y la gente formal entonces, por dar con su presencia cierta dignidad á las alegres borricadas, se sacrificaba decidiéndose á tomar parte en ellas también.

¡Pero qué malos ratos solían pasar algunas pobres madres ya algo talludas, sobre todo las afligidas por imponente peso y volumen, que no queriendo abandonar su prole, se tenían que elevar hasta las jamugas con ayuda de silla, y de vecino, y hasta de vecinos, para verse de pronto

luego, en un *trís*, apeadas forzosamente en medio del campo, si al jumento le daba el capricho de revolcarse, lo que á menudo sucedía!

Era esta una de las peripecias de temer siempre en las borricadas, y de las que animaban la caravana; pero nada tenía de agradable para él, ó la paciente á quien sobrevenía el lance.

Pintoresco golpe de vista ofrecía la reunión de unos veinte burros con jamugas adornadas de *bisoñas* y rameadas colchas, y almohadas guarnecidas de encaje serrano, sobre las que sentadas las jóvenes, y las *no* jóvenes, se entregaban alegremente al desordenado trote de sus asnos.

Corrían detrás los arrieros, que con sus enérgicos ¡ *Arre, Burro!* y sus *Brrrts toma!*... despertaban el ánimo de los animales, muy inclinados por momentos á la somnolencia.

Los jinetes montaban sobre alforjas, y no debían encontrarse, como dicen los franceses, *sobre lecho de rosas*.

Otra de las bromas pesadas que solían causar solapadas risas, era cuando daba la casualidad que una muchacha que tenía tirria á algún joven, se veía, por la mal venida simpatía de sus respectivas cabalgaduras, constantemente aparejada con él, mientras que el que todos sabían que ella hubiese deseado como acompañante, se esforzaba en

vano en acudir al rescate de la perseguida Dulcinea, sin lograr ni á trancazos, vencer la terquedad de su borrico, cuya inspiración propia lo hostigaba á seguir otra senda.

Era generalmente el objeto de esta huelga el *ir á comer brevas*.

Escogiase alguna frondosa huerta y allí, á la sombra de las higueras, se sentaba ó tendía cada cual; y mientras que todos holgazanamente se abandonaban al reposo, llegaba dulcemente á los oídos el canto de los campesinos, que, á lo lejos, trabajaban, con aquella árabe cadencia original y adormecedora, que tanto encanto tiene. Mezclábase á estos cantos el murmullo del agua lentamente sacada por los cangilones de la noria, y la vibración aérea, causada por innumerables insectos alados.

Rendido goloso homenaje á las frescas y exquisitas brevas, célebres en Puerto-Real, esparcíanse unos y otros por los verdes campos, hasta la hora del regreso á casa.

Puestos en camino, montados de nuevo sobre nuestros burros, solía ser ya el anochocer. ¡Qué poesía se respiraba entonces, sobre todo cuando había luna, sin embargo de los prosaicos ¡Arre, burro! ¡Arre, Pajarito! ¡Arre, Coronel! ¡Brrruts toma! alternando las alegres bromas con el retintín de los cencerros y con las encolerizadas exclamaciones.

maciones de los desgraciados jinetes á quienes de pronto infligían dolorosas picaduras las aceradas puntas de las pitas, cuando los burros, como verdaderos *borricos* que eran, acercándose estúpida-mente demasiado de los temibles vallados de estas agudas pencas los rozaban despiadadamente contra ellas.

Puesto que he hablado de las brevas, añadiré que son exquisitos estos higos, absolutamente *especiales*, que resultan de una primera cosecha de la higuera, y tienen doble tamaño del de los higos conocidos por tales. Tienen además el atractivo estas brevas de mantenerse frescas sobre el árbol aun en medio del calor del día, y tanto jugo que al abrirlas aparecen como llenas de almíbar; es una fruta exquisita, cuyo solo inconveniente es que dura pocos días.

Cuando venía á la puerta de nuestro patio alguna mujer del pueblo con una canasta de tentadoras brevas, ¡ cómo nos inmutábamos *nosotros los niños*, hasta ver si nuestros padres se decidirían á comprarla! Y cuando sucedía que sí, y se dejaba á nuestro albedrío el que nos diésemos *una pechada* con ellas, como moscas nos echábamos encima y como muchas manos en un plato pronto dan arrebató no tardaba en salir á luz el fondo de la canasta.

También nos traían á vender á la casapuerta

magníficas moras en una especie de cangilón, y por unos cuantos cuartos que costaban, teníamos con que *atracarnos* y teñirnos de amoratados matices, dedos, labios y ropa, lo que hacía poquí-sima gracia á nuestras amas secas.

## CAPÍTULO II

Amos y criados. — Bailoteos en Puerto-Real. — Los estudiantes. — Anisete y bizcochos. — ¡ Abuelita ! — Barquillos con merengue. — Castañas tostadas. — Caramelos de violeta. — El aguador.

Vengo ahora á una de las cosas que ya, por lo que veo, desaparece mucho de la existencia actual, es decir, aquella familia tradicional, en la que los amos alternaban cariñosamente con los sirvientes, y en la que éstos, por lo que en afecto pagaban á sus amos, se creían con derecho de tomar parte en todo lo que les interesaba.

En nuestra familia así era. No quitaba esto que hubiese sus trapisondas, pero pronto pasaba la tormenta y volvía por completo la bonanza.

Cada ama seca de un niño, por ejemplo, se apoderaba por completo de él, y ya era *su niño*: ya no había que tocarle y tenía que ser el más bonito y el mejor de todos, etc.; si no celos y furiosas jaranas con las otras amas secas, ó *chachas*, como les decíamos, sacando la cara por sus respectivos niños.

Triunfo era cuando podía cogérles uno de *sus niños* para entretenerme yo, y entretenerlo á él un ratito, y solía entonces salir á volar la tanda de disparates *poéticos*, que todos hemos conocido; por eso me atrevo á mentarlos, si no... no.

Enredándome, pues, con mi *presa*, empezaba por llamar su atención: mira, escucha, verás, etcétera, y principiaba por aquello de *El Gato*. «Era vez y vez un gato que tenía los pies de trapo y los ojos al revés... ¿quieres que te lo cuente otra vez?» Pues... querían, por raro que parezca, y había que volver dale que dale con la dicha estupidez. Pues luego vamos á lo de *El Aguador*. Aquí me quedo algo parada, porque se me figura que se llamaba *Periquillo*, y, por otra parte, teniendo luego que tratar de *otro Periquillo*, será cosa que no se llamase así el pobre aguador. Grave cuestión que resuelvo sin titubear, no queriendo romperme la cabeza, dejándolos de *tocayos*. Con que adelante:

*Periquillo* el aguador  
muerto lo llevan en un serón.

El serón era de paja,  
muerto lo llevan en una caja.

La caja era de pino,  
muerto lo llevan en un pepino.

El pepino era zocato,  
muerto lo llevan en un zapato, etc., etc.

Como ejemplo del estilo, basta.

Ahora viene *lo del otro Periquillo*; éste no se sabe lo que era como empleo social, pero ya veremos luego que no valía gran cosa. Para darle toda su importancia á este clásico cuento, había que maniobrar así: Cogíase el dedito chico de la sonrosada manita de la criaturita á quien se le *infligía* el cuento, diciendo:

*Periquillo compró un huevo,*

El chiquitín se sonríe, pero no chista.

Pásase á cogerle el siguiente dedo, añadiendo:

*El otro lo puso á asar,*

Á esto empieza ya el chiquillo á querer echar la manita atrás, pero no hay que dejarla escapar, sino seguir explicándole después de coger la pequeña falanje del dedo de en medio, que

*El otro le echó la sal,*

y para no impacientarlo por demás, se pasa vivamente al cuarto dedito, diciéndole que

*El otro lo meneó,*

con lo que hay que inferir que queda enterado, y para concluir cógese el diminuto pulgar, agitán-

dolo alegremente como quien considera muy chistoso el desenlace, exclamando:

*Y el pícaro... pícaro gordo... se lo comió;*

y queda el chiquitín riéndose... que da gusto.

Esta es la receta. Daré ahora la del *Carnicero*, para concluir con tanto desvarío, de los que, sin embargo, me acuerdo con ternura, pareciéndome tener aún en los brazos alguno de los de aquella tan querida *Chiquetería*.

Eso del *carnicero* no era *ni aun* una mala poesía, sino meramente un juego inepto, cuyo móvil era llegar á hacer reír al niño con un ligero cosquilleo debajo del bracito; para obtener este resultado era preciso manejarse del modo siguiente:

La mano izquierda del *operador* tenía que apoderarse de la muñeca izquierda del *paciente* é indicándola con su derecha, con el filo exterior de la mano (símbolo del cuchillo del carnicero), empezar la siguiente relación: *Mira, niño, cuando vayas á la carnicería dile al carnicero que no te corte por aquí...* (es decir, por la muñeca), *ni por aquí*, añadiase, señalando á distancia de un pequeño trecho más arriba de ella.

*Ni por aquí*, vuelta á subir otro poco sobre el bracito; y con medidas graduadas en continua ascensión, se llegaba hasta el hombro, momento

palpitante en el que súbitamente había que llegar á ejecutar la intentada cosquilla, prorrumpiendo en impetuosas exclamaciones y cantando victoria, diciendo :

*Sino por aquí, por aquí, por aquí*, y risueño de *antemano* el chiquillo por saber lo que se le venía encima, pasmábase entonces con aquella risa de angelito tan embelesadora. El obtenerla era el triunfo, y poco importaba lo insignificante del medio con la que se lograba.

Como jefe de la *tribu*, teníamos una excelente mujer llamada María, pero que nunca fué sino *Mariquita* para toda la casa, sin embargo de sus treinta años y pico.

Nos había visto nacer á todos, y muy *seca* en todos conceptos, nos infundía cierto respeto, aunque nos quería muchísimo ; era el verdadero edecán de nuestra madre, que la apreciaba en extremo.

De las otras *secas*, mentaré sólo á la llamada Manuela. Ésta, por lo contrario de *Mariquita*, no merecía su apelación, pues tenía graciosísimo cuerpo. Sus ojos eran pequeños, pero muy vivos, la tez morena y los dientes admirables ; nos llevábamos muy bien con ella por ser muy buena con *nosotros los niños* y muy alegre de carácter. ¡ Cuánto le gustaba *bailotear* !

Á la caída de la tarde, ya concluidas *las haciendas* (según el consagrado término, para los

*quehaceres*), quedaban libres las criadas de poder salir con nosotros á la casapuerta, ó llevarnos á ver algunas vecinas, amigas suyas. En Puerto-Real se pasaba mucho tiempo en la calle, sin ponerse nada encima, ni en la cabeza, á menos que no fueran flores; los sirvientes de casa, ya aseados, no dejaban de adornar su cabello con ellas, y, sobre todo, con *sartas de suspiros* que nosotros los niños les preparábamos á menudo.

Esta moda debía seguramente tener origen árabe, como tantas otras en Andalucía, pues en un viaje que hice á Tánger años después, muchas jóvenes que vi un día de gran función, tenían sartas análogas de hojas de azahar y varias otras florecitas.

Pocas tardes pasaban en estas visitas, que tenían lugar en los patios, sin que de pronto saliesen un par de muchachas agitando las castañuelas á ponerse á bailar en cuanto oían rasguitar la guitarra, lo que á cada momento sucedía, pues no faltaban nunca aficionados en ninguna familia, y así se armaba el *Fandango*, siendo, por supuesto, Manuela, casi siempre una de las primeras á meterse en danza.

*Nosotros los niños*, encantados por supuesto, y dando enérgicamente nuestras palmaditas en modulado compás.

Es notable cuán natural es un cierto aire de



dignidad en la gente del pueblo andaluz, mezclado con una gracia que también les sale de *dentro*, y que tanto atractivo tiene.

Muchas bailarinas de profesión podrían enviar ese porte grave y gracioso á la vez, con que criadas y campesinas empezaban á bailar, y que poco á poco se modificaba, asomándose la sonrisa á los labios, y saliéndoles la alegría por los ojos, sonrosándose las mejillas, y concluyendo los movimientos por acelerarse hasta que casi, sin aliento, se tiraban en una silla, tañ contentos con haberse dado un buen *jaleo*, meramente por la arraigada afición al arte.

Alborotábanse también amos y criados, cuando el día menos pensado se oía de pronto en la calle el alegre sonido de guitarras, castañuelas y panderetas con cascabeles.

Precipitábase repentinamente todo el mundo á las rejas bajas, y un animado cuadro se ofrecía á la vista.

Unos quince ó veinte estudiantes con las tradicionales cucharas en el sombrero de tres picos, y con sus negras capas y calzón corto, todos ellos jóvenes y animados, se descoyuntaban en airosas contorsiones, bailando con toda su alma y todo su cuerpo, tocando la pandereta con codos, rodillas y pies, etc., además de las manos, y concluyendo por venir á recoger á las rejas de las ven-

tanas, en la muy maltratada *pandereta*, el merecido galardón de sus habilidades.

Ya antes habían preguntado los nombres de las señoritas de la casa, resultando de seguida improvisadas y galantes coplas rimando con ellos, con lo que las beneficiadas quedaban tan satisfechas.

Pasado el episodio, volvía la puertorrealeña calle á su tranquilo silencio, y cada cual volvía también á su interrumpida ocupación.

Otro gozo de *la chiquetería*, era cuando llegaba el día del santo de alguna de las criadas; pues con motivo de la solemnidad, era invariable costumbre que ofreciese la beneficiada á toda la casa, amas y compañeras, licor y bizcochos, y hasta á *nosotros los niños*. Nos traían temprano, aun cuando estábamos en la cama, nuestras copitas de anisete con bizcochos llamados *del Príncipe*, hechos en forma de S, muy buenos por cierto, de los que teníamos permiso para comer *ad libitum*, y que hacíamos desaparecer con presteza, después de bien embebidos en el néctar.

No recuerdo que ocurriese jamás la catástrofe de que se nos fuese á la cabeza, lo que pudiera haber sucedido; pero tal vez, aunque pareciéndonos exquisito el anisete, sólo lo fuese de nombre (por suerte nuestra). Probablemente era muy malo, pero que poca importancia tenía eso, puesto que nos encantaba nuestro desayuno.

Formaba parte de la familia, viviendo con nosotros, nuestra abuela materna, muy arriscada señora anciana, de quien yo era la favorita, y á quien yo, en cambio, quería muchísimo.

Era tan viva, que ni una muchacha podía serlo más, ni aun competir con ella, y además tenía muchísima gracia y una inmensa bondad, por lo que sucedía que muchos *le molían la sangre*.

Había principalmente dos amigotas suyas, que eran un verdadero par de *pegotes*, y se estremecía cuando se le venían encima, pues era siempre para probar de *sacar mendrugo*. Sus nombres eran característicos y no se me han olvidado: doña Leonor y doña Sergia, y, por lo pesadas, mendrugo sacaban...

Una de las afectuosas manías que á *nosotros los niños* nos hacía poca gracia, era cuando, preocupada con nuestra *futura* beldad, venía á nuestros lechos á ponernos á cada uno una ancha cinta al rededor de la cabeza, sujetándonos las orejas, para que éstas no tomasen el vicio de doblarse hacia adelante.

Otra de sus costumbres era, al anochecer, empezar á dar grandes paseos de arriba á abajo; en Cádiz, en las salas; en Puerto-Real, en el patio; porque no saliendo apenas más que para ir á misa, quería *hacer ejercicio*, y hay que creer que no era tan malo su sistema, pues vivió hasta los

ochenta y ocho años, sin achaque ninguno.

De noche ya, se retiraba á su cuarto, se sentaba sobre un antiguo sofá, para persona sola, con cojines á las laderas, y empezaba á rezar el rosario.

¡Qué de rosarios he rezado con ella, pasando luego ambas á conversar, contándole yo mis cuitas, cuando las tenía, y consolándome ella con toda la parcialidad que su cariño por mí le inspiraba, y que tan á menudo rayaba en olvido de justicia hacia los demás!

¡Pobre abuelita mía!

Nuestra *servidumbre*, además de las muchas amas secas, consistía en un criado denominado *mozo de comedor* y además en un robusto y muy alto gallego, *arraigado* en la familia: Pascual.

Sus atribuciones consistían en sacar agua de los aljibes y subirla á todos los pisos de la casa en un barrilito, que cargaba á hombros. Nunca pudimos saber *por qué*, como expresión admirativa, cuando veía á alguno de *nosotros los niños*, exclamaba ¡*Terrible, suma la facha casterschau!* (sic), que quería decir: misterio será para siempre.

Pero el inolvidable amigo de nuestra infancia, era el cocinero Domingo.

De buena presencia, aunque bajo de cuerpo, regordete y calvo, era un tipo.

Nos quería á todos con pasión y nos echaba á perder en grande.

Era italiano de origen, pero aclimatado por completo en España, y guisaba perfectamente. Sabiendo que no nos habría de reñir mucho, lo molíamos en cuanto podíamos, dando repetidas vueltas por la cocina, queriendo probar de todo y tocar á todo; ¡no sé cómo tenía tanta paciencia!

Para darle gran gusto al cocinero y á los niños, algunas veces nos permitían nuestros padres salir con él, cuando iba á hacer sus compras, pero uno ó dos á la vez, nada más; y los *escogidos* íbamos locos de contentos, porque pocas veces volvíamos á casa sin que nuestro querido Domingo nos hubiese *obsequiado*.

La gran golosina era comer barquillos con merengue.

Estos barquillos (esto era en Cádiz), los llevaba el vendedor en una gran caja de madera pintada de verde (que ante mis ojos se presenta) sujeta con una fuerte correa, y á cuestas sobre el hombro izquierdo. Levantando el barquillero la mitad de su tapa, dividida ésta en dos partes, cogía dentro un barquillo, de hechura de estrecho cucurucho, y abriendo luego una lata, en la que había merengue, cogíalo con una cuchara y coronaba generosamente el barquillo con *nevada pirámide*. ¡Qué buenos nos parecían!

Otras veces nos brindaba con castañas tostadas, que vendía cualquiera gitana sentada en la calle, generalmente cerca de alguna tienda de vino. Su instalación era la siguiente: junto á ella un anafe de yeso ó tiza, sobre cuya lumbre reposaba una agujereada olla, que la vendedora agitaba de cuando en cuando para que no se quemaran las castañas que dentro de ella se asaban, y cuyo buen olor se percibía desde muy lejos y nos guiaba hacia la castañera.

Delante de ella tenía una pequeña mesa cubierta de blanquísimo mantelito, y sobre ella, colocadas en montoncitos de *á cuarto* ó de *á dos cuartos*, estaban expuestas las apetitosas castañas que ambicionábamos.

El tercer festín, que á veces se nos lograba, era el que nos comprase Domingo caramelos llamados de violeta; eran largos y delgados, de verdoso tinte, y un papel ligeramente azulado los envolvía en espiral cortado en flecos en las extremidades.

Por una de ellas principiábamos el ataque, desliando parte del papel, y, sin parar de chupar, volvíamos á casa con el *cilindro carameloso* tan afilado, que parecía un punzón.

Acosados luego con lo dulce del caramelo, á menudo se nos había, naturalmente, de antojar el beber agua, y agua había que beber.

Con su santa paciencia, llamaba en seguida Domingo al primer aguador ambulante que percibíamos de los que constantemente paseaban por las calles gritando: ¡ *Agua del Puerto, quién quíée agua!* y acudía éste presuroso.

Estos aguadores llevaban siempre apoyado sobre fuerte pedazo de cuero, y á cuestas sobre su hombro izquierdo, un grandísimo cántaro de barro blanco con asas; la misma clase de barro que el de las frescas alcarrazas. Para sujetar el cántaro pasaba el hombre el brazo derecho sobre su cabeza, algo hacia atrás, y con la mano lo sostenía por una de sus fuertes asas.

La maniobra para echar el agua era original: bajar rápidamente con gran habilidad el pesado cántaro del hombro izquierdo para posarlo de canto sobre el muslo derecho, cubierto también de grueso cuero ligado con tiras de lo mismo al muslo, y agachándose algún tanto el aguador, verter el agua en un alto vaso de vidrio cogido en la mano izquierda, al que había que *apuntar*, y al que atrevidamente le lanzaba un delgado chorro, que lo llenaba sin que cayese al suelo ni una gota de agua.

Poniendo luego el cántaro en el suelo, sacaba de una caja de hojalata, sujeta á su cintura, una cucharadita de anises, que depositaba en la palma de la mano del bebedor, ya enterado éste que

antes de beber el agua tenía que echarse en la boca los anises, que le daban excelente sabor.

Concluido el refresco, enjuagaba el aguador y refregaba con una especie de escobilla de mimbre el vaso que había servido, colocándolo después en su sitio, es decir, en un ligero armazón de lata, pendiente á uno de sus costados; cobraba sus dos cuartos y *¡abur, señores!* (el *agur* no era conocido), y nosotros á casa, contentos como unas Pascuas.

### CAPÍTULO III

El Nacimiento. — Villancicos. — Zambombas y panderetas.

Hablando de Pascuas, cuando se iba acercando la de Navidad, la familia menuda, es decir, *nosotros los niños*, nos empezábamos á agitar sobremanera, pensando ya en *poner el nacimiento*.

Nuestra buena María era la gran sacerdotisa que presidía esta importante maniobra, y si bien no cortaba como Norma con dorada hoz el *gui* (nuestro muérdago) de las Druídas, compraba con buenas pesetas *la yerba* para figurar la improbable vegetación del Nacimiento.

El principio de la empresa era hacer la armazón del edificio. Sobre tijeras de madera armábase una especie de gran rinconera, que se encajaba en un ángulo del cuarto, y encima de esta base había que armar el monte, á los lados y fondo, siguiendo las paredes, principiando los primeros planos al nivel del terreno y elevándose luego con abrupto arrojó, hasta llegar en la es-

quina de la rinconera á su más elevada cumbre.

Bajo esta cumbre, en el centro principal del monte, y ya en *la llanura*, el portal de Belén, resplandeciente de talco y con musgosas peñas de corcho y hermosas nubes de algodón en rama.

Quedaba el monte muy firme, por haber sido montado sobre cajas de madera, de diferentes tamaños y formado con gruesos papeles de color obscuro, fuertemente engrudados y apelmazados con artístico capricho.

Llegaba luego la divertida operación de pintar de brocha gorda el monte, con almagra disuelta en agua, dándole hermosos tintes de *terra cotta*, que alternaban con los de los papeles marrón y azulados, haciendo verdaderamente bonito efecto.

Menos divertido era introducir luego entre las gruesas guitas clavadas en la pared para recibirla, la yerba ya citada, que era de mezcladas clases, algunas con preciosas bolitas coloradas y puntiagudas hojas, que picaban bien.

Concluído este adelantado *boceto*, entraba en uso el lacre, con el que había que pegar numerosos muñecos de barro por sus peanas en el monte, solo que antes era preciso sentar sobre él los edificios notables que le correspondían.

Encima del portal se colocaba, en lo más alto de la montaña y algo hacia el ángulo del fondo, viniendo á ser la nota dominante, la ciudad de

Jerusalén, de cartón pintado, con sus murallas, cúpulas, etc., más ó menos fantásticas.

Casi en lo alto, en una de las laderas del monte, se elevaba sobre allanado terreno el *Palacio de Herodes*, teniendo bastante semejanza, como arquitectura, con los palacios de teatro, el de Lucrecia Borgia, por ejemplo, con ojivadas ventanas y pesado balcón, del Teatro de nuestro Cádiz. En aquel balcón, el Rey, con enorme turbante blanco, adornado de plumas rojas, y un soldado con lanza, de plantón á cada lado, presenciaba con completa impasibilidad el degüello de los desgraciados inocentes.

Llegado el deseado momento de empezar á pegar los muñecos (una de las cosas que más nos divertía), del palacio indicado partía la importante caravana de Melchor, Gaspar y Baltasar, aquellos Reyes Magos tan ingenuos y fervorosos peregrinos, que, sobre sus cabalgaduras, figuraban ir bajando después de su visita al Rey cruel, seguidos por sus negros y riquezas, transportadas éstas á cuestras de inverosímiles camellos, para llegar hasta el Rey de bondad y mansedumbre, el niño Dios.

Representaban ir guiados por una inmensa estrella (con aspecto de cometa más bien) deslumbradora por el talco y por la brillantez de los papeles de cobre de vivísimos colores que la ador-

naban. Un fuerte alambre arrojándose con ademán de cohete de una mata de hierba, sostenía esta estrella en el aire, para figurar que en el aire flotaba ; pero bastante mal lo representaba por cierto (por lo visible á leguas del alambre) ; solo que, no parándonos en pelillos, nosotros lo encontramos admirable.

Queda como tercer edificio importante que citar *la Posada*. Ésta hacía juego sobre la otra ladera del monte con el palacio herodiano, y ante ella había que colocar las figuras representando San José y la Virgen á su lado, *pidiendo posada*. Por una ventanilla de la venta se asomaba el posadero, en camisa, con gorra colorada, y con un candil en la mano, que sin caridad despedía á los pobres caminantes.

Embutíanse también en el monte varias chozas con sus ermitaños de diversos tipos, sentados dentro de ellas, unos con vestimenta y capucha color de castaña ; otros de blanco, pero todos invariablemente con un gran libro abierto sobre las rodillas, y se acababan por fin de poblar las fantásticas montañas con grupos de pastores y figuras sueltas de campesinos.

Hecho todo esto, sólo faltaba tragar en la llanura.

Extendíase sobre la extensa rinconera una capa como de un dedo de espesor de fina arena, en la

que se ocultaban fácilmente las peanas de los muñecos, que así parecían más propias y quedaban también más firmes.

Antes que otras, arreglábanse en el portal las figuras del *Misterio*, es decir, la Sagrada familia, con la adición del asno y del buey tradicionales.

Á un lado del terreno llano, bien á la vista, correspondía establecer, embutido en la arena, un buen pedazo de espejo, para figurar un río, sobre el cual atravesaba un puente contiguo á un molino. El molinero cargaba sacos de harina, mientras que un pescador colocado bien en medio del puente, lo que era indispensable para que no rodase al suelo, por lo empinado de sus pendientes, tenía al cabo de su caña de pescar, colgando de un hilo y atado *con un nudo*, un magnífico pescado de plomo, casi tan grande como él.

Veíanse también lavanderas cerca del río con sus lebrillos llenos de torcida ropa, pastores cargados de toda clase de ofrendas, como pavos, gallinas, corderitos, cestos de pan, etc., etc. Había ciertos grupos que eran *precisos*, como, por ejemplo, el importante episodio del anuncio por el Ángel á los pastores del nacimiento de Cristo. En lo alto de un árbol de barro, con inmensas hojas de barro también, y de rabioso verde, estaba el Ángel, pareciendo darle un buen susto á los po-

bres pastores; muy bien expresado por sus movimientos y la expresión de las caras, el asombro de los sencillos campesinos, sentados éstos en el suelo, alrededor de una gran cazuela colocada sobre encendida leña.

Muchos de estos muñecos eran casi artísticos, sin embargo de lo primitivo de su ejecución y del algo exagerado brillo de su barniz.

No hay que olvidar en los grupos, el de la huída á Egipto ; la Santísima Virgen sobre un burro, guiada por un ángel, y con el niño en la falda y San José á su lado.

Aquí es donde me parece oportuno añadir, no se me vaya á olvidar, que cuando llegaba «Candelaria», sinónimo de la fiesta de la presentación, al templo, era de ene sacar del portal las imágenes de la Santísima Virgen y de San José y adelantarlas hasta el primer plano del nacimiento (en la arena), y sujetarle con disimulado hilo en los brazos á *la Señora* un diminuto *Niño de Dios* que tenía que estar *muy compuesto* para atenerse á la extraña costumbre. En casa cumplíamos escrupulosamente con lo preciso, adornando al infante con rica envoltura de raso blanco cubierta de encajes, sujeta á su cinturita con un cordón de oro terminado por un par de borlitas.

Volviendo á los grupos *nacimentales*, había luego el Niño, ya grandecito, barriendo las viru-

tas, mientras que San José trabaja de carpintero y su madre está cosiendo.

Queda que anotar el indispensable *cochino colgado*. Colgado el desdichado á un árbol, y ya abierto por el cuchillo del impávido pastor que lo tiene en su mano.

Manadas de bueyes y de puercos, rebaños de ovejas, cantidad de pavos y gallinas sueltas completaban el conjunto, y entre todos ellos se colocaban candeleros de hoja de lata con delgadísimas velitas. Del techo colgaban varias arañas con las mismas velas y hechas con retorcida hoja de lata también en atormentadas líneas, que eran de muy característico aspecto.

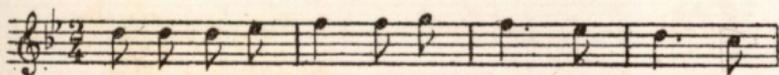
Todo esto se encendía á las horas en que se reunía la familia y los amigos de ésta, sobre todo, las amigas de nuestras criadas, que venían á *cantar*. Entonces era cuando para celebrar al Niño soltábanse las coplas, ¡y qué coplas tan particulares! y sonaban panderetas y zambombas. Á pesar de los muchos años que hace ya que en estos coros cantaba yo también ¡y qué volando han pasado estos años! recuerdo algunos de esos populares villancicos de disparatada ingenuidad que con obstinado empeño se han grabada en la mente, y no tengo más remedio para desahogar el almacén de los recuerdos que concederme el inocente placer de escribir algunos de los que con más tenacidad

se han metido en mi memoria con sus incorrecciones y todo. Esto, desde luego, será más bien *cargante* que otra cosa para los que viven en nuestra tierra, visto que estos villancicos se cantan aún en toda España; pero á mí como expatriada me interesa el anotarlos, no sea cosa que se me escapen de la memoria y no los pueda volver á pescar.

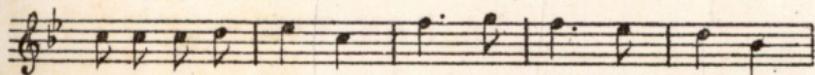
Séame perdonada esta majadería, si majadería fuese. Además, si estas paginillas cayesen en manos de algún extranjero pudieran tener interés para él como *no iniciado*.

Salten, pues, por encima los que las conocen ya, y vamos á mis coplas, algunas de cuyas entonaciones doy puestas en música por su típica y curiosa melodía.

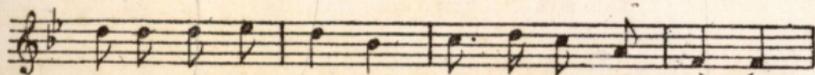
## CANCIÓN de la VIRGEN



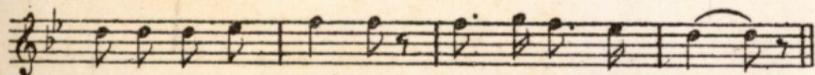
Duer-me-te Jo sé que ven - dras can - sa - do



y de mi no ten-gas pe - na ni cui - da - do

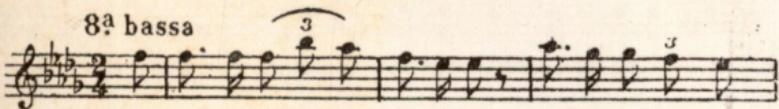


En lle-gundo el par-te yo te he de lla - mar —



An-tes de las do - ce a Belen lle - gad —

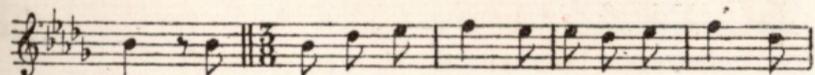
## VENID PASTORES



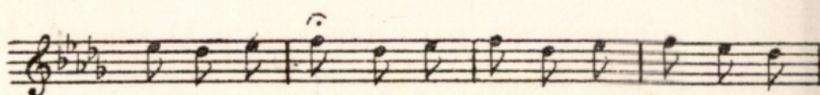
8<sup>a</sup> bassa  
Ve-nid pastores ve - ni-d Ve reis lo que no habeis



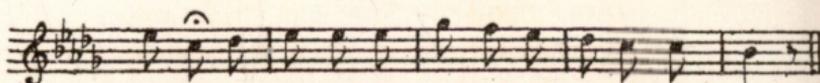
vi - sto En el portal de Be - le - n el na - cimiento de



cristo Y di - jo Mel - chor y di - jo Gas - par y el

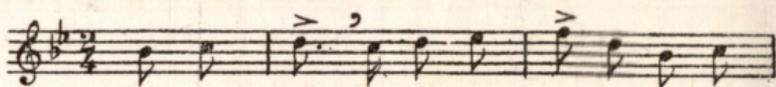


Rey Bal-ta zar que por fue-na que sea-u una  
cuando a-briendo su bo-ca-sin

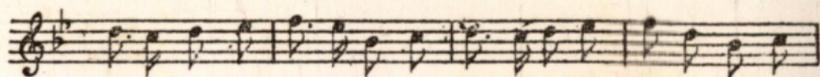


vie-ja el mismo de-mo-nio la puede,aguan-tar  
dientes se pone a-de-cir cha cha cha cha cha

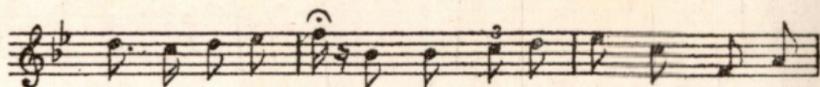
### TA-RAN-TAN



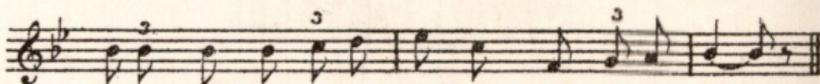
Ta-ran tan que dan la u-na a ver



al ni-ño en la cu-na que na-cio la noche buena en Be-



-len y en un por-tal que no hay Taran-tan como a dorar al

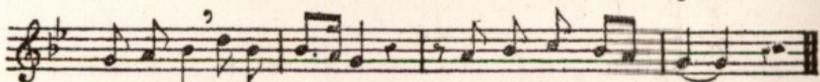


niño que no hay taran-tan como al ni-ño a do-rar—

### LA NANA



Duer-mete ni-ño a la na-na na-ni-ta na-na  
A la puer-ta del cie-lo venden za-pa-tos



duerme te luce-ri-to de la ma ña - na —  
pa ra las Ange-li - tos que estan descal - zos —

La siguiente era para San José y la Virgen de camino para Belén.

Cantinela de la canción de la Virgen :

Iban caminando, y se han encontrado  
Con un pastorcillo, y le han preguntado  
Si para Belén hay mucho que andar.  
Antes de las doce á Belén llegad.

*(La Santísima Virgen á San José).*

Duérmete, José, que vendrás cansado  
Y de mí no tengas pena ni cuidado.  
En llegando el parto ya te he de llamar :  
Antes de las doce á Belén llegad.

*(San José á la Santísima Virgen).*

Y San José con dolor dice : Amada esposa,  
Mi tormento es, en tanto trabajo, verte padecer.

---

#### Á LOS PASTORES

Venid, pastores, venid,  
Veréis lo que no habéis visto :  
En el Portal de Belén  
El nacimiento de Cristo.

*Estríbillo.*

Y dijo Melchor, y dijo Gaspar, y el Rey Baltasar,  
Que por buena que sea una vieja  
El mismo demonio la puede aguantar  
Cuando abriendo su boca sin dientes  
Se pone á decir : ¡ cha cha cha, cha cha cha !

---

Otra á los pastores.  
Cantinelas del *Tarantán*.

Ta ran tan, que da la una,  
Á ver al Niño en la cuna,  
Que nació la Nochebuena  
En Belén, en un portal.  
Que no hay ta ran tan, como adorar al Niño,  
Que no hay ta ran tan como al Niño adorar.

—  
Ta ran tan, que dan las dos,  
A ver al Niño de Dios,  
Etc., etc.

Cambiando las coplas, vuelve larga y monótonamente la cantinela del refrán para *las tres, las cuatro, las cinco*, etc.

—  
Cantinelas de *Pastores venid*.

*Copla.*

Esta noche es Nochebuena,  
Y no es noche de dormir;  
Que es noche de hacer buñuelos  
Y echarle aceite al candil.

*Estríbillo.*

Venid, pastorcitos,  
Venid á adorar  
Al Rey de los cielos  
Que está en el portal.

En Belén tocan á fuego,  
Del portal salen las llamas,  
Porque dicen que ha nacido  
El Redentor de las almas.

*Estribillo.*

Un angel del cielo  
A la tierra bajó,  
A anunciar el misterio  
De la encarnación.

En el portal de Belén  
Hay estrella, sol y luna,  
La Virgen y San José  
Y el niño que está en la cuna.

Los pastores de Belén  
Todos juntos van por leña,  
Para calentar al niño  
Que nació la Nochebuena.

Misma cantinela *Pastores venid.*  
Coplas jocosas.

El niño de Dios nació,  
Y una vieja que lo supo,  
De la carrera que dió  
En la media se hizo un punto.

En el portal de Belén  
Hay un nido de ratones,  
Y al patriarca San José  
Le han roído los calzones.

En el portal de Belén  
Cuatro gitanas entraron  
Y al niño que está en la cuna  
Los pañales le han quitado.

Pícaras gitanas,  
Caras de carneros,  
Que al niño de Dios  
Le han dejado en cueros.

La siguiente debe, según creo, cantarse sobre  
la cantinela del *Tarantán*.

Copla con estribillo.

Celebrad tan gran misterio,  
Que una Virgen parirá ;  
Será madre de Dios hombre,  
Sin que algún dolor le asombre,  
Hermosa estrella del mar.

*Estribillo.*

Venid, almas todas,  
Venid y llegad,  
Á ver á María  
Que va hacia el portal.

Ya Israel ve hoy cumplida  
Su anhelada libertad,  
Porque está cercana al parto  
La que al Espíritu Santo  
Le dió su virginidad.

*Estribillo.*

Venid, almas todas,  
Venid y llegad  
Á ver á María  
Que va hacia el portal.

En Belén nació un infante,  
Blanco, rubio y colorado ;  
Ha de ser buen pastorcito,  
Para guardar su ganado.

*Estribillo.*

Venid, almas todas,  
Venid y llegad,  
Á ver á María  
Que está en el portal.

*Estribillo.*

Los ángeles vienen,  
Los ángeles van,  
A adorar al niño  
Que está en el portal.

## Otras sin estribillo :

Cantaremos con santa alegría  
Para Pascua de Natividad,  
Porque nace del Ave María  
El divino Cordero Pascual.

Este niño que nace en Belén,  
En compañía de José y María,  
La mula y el buey le bajean  
Para darle calor nada más.

---

Para la siguiente copla la eterna cantinela de  
*Pastores venid*, indicada ya.

(*Copla*).

Madre, á la puerta está un niño  
Más hermoso que el sol bello,  
Y dice que tiene frío,  
Porque viene casi en cueros.

Cantinela del *estribillo*.

Pues dile que entre, se calentará,  
Porque en esta tierra ya no hay caridad.

Entró el niño y se sentó,  
Hizo que se calentara ;  
Le preguntó la patrona  
De qué tierra ó de qué patria.  
Y el niño responde : de diversas tierras ;  
mi padre es del cielo ; yo bajé á la tierra.

Niño, si queréis cenar,  
Se os hará de contado,  
Y os quedaréis en casa,  
Como hijo y estimado.  
Y el niño responde : eso, no, señora ;  
Que tengo una madre que el cielo adora.

(*Fragmento de otra copla cuyo fin no recuerdo.*)

AL ÁNGEL GABRIEL

Anda, Gabriel, vete á Galilea,  
Allí verás una pequeña aldea ;  
Hay una casa que de David viene,  
Hay una niña que quince años tiene, etc.

Todo esto se cantaba, como queda visto, sobre cantinelas muy semejantes unas á otras, cambiando siempre la entonación para los refranes; pero tengo presente que para la copla del ángel Gabriel se adoptaba el aire de la Gallegada.

En cuanto á aquella zambomba de mi infancia, sé que existe inalterable en las ciudades y lugares españoles; pero no puedo menos de decir algo sobre este extraño instrumento, sólo por lo que á mí misma me complace el recordar cuán ansioso era nuestro infantil deseo de poder obtener que la gente grande nos lo confiase, lo que á veces concedían, aunque temblando de verlo hacerse tientos entre nuestras destructoras manitas, por *darles lástima* rehusarnos la ambicionada satisfacción.

Era nuestro anhelo lograr sacar buen sonido de la zambomba; pero el obtener *continuo* el ronco sonido que debía dar (para *salir bien*) sólo se adquiría (y no era fácil) llegando á cogerle el tranquillo, y para ello había que manejar con maestría, como ya se sabe (ó no se sabe), la caña firmemente sujeta en el centro del bien estirado pergamino que cubría la parte alta de esa especie de maceta sin fondo, que es *la zambomba*, y *esa maestría*, forzoso me es confesar que carecíamos completamente de ella, por lo que resultaban desastrosamente mal nuestros ensayos.

La caña se adornaba con estrepitosas moñas de

cinta de raso y con dorados cascabeles, que amenizaban los roncós gruñidos de la zambomba, acompañándolos igualmente con pastoril sencillez los cantos y las alegres panderetas. ¡Qué de horas he pasado de niña tomando parte en estos conciertos tan sabrosos de arcaísmo !

Pues sin embargo de lo bárbaro de las disonancias y de las destempladas voces de los cantantes, tenían un carácter *sui generis* bien curioso y hasta conmovedor.

## CAPÍTULO IV

Los ciegos de Navidad. — La nana. — El sereno. — ¡ La Majestad! — Los cartuchos de dulces. — Los coches. — Carneros y vacas.

Había otros cantos de la época de Navidad de asemejadas propiedades y eran los de *los ciegos*.

Á la puerta de casa, ó *al portón*, como en Cádiz decíamos, oíase de pronto un fuerte campanillazo y presagiando lo que debía significar, acudíamos *los niños* y aun la chiquetería, á *ver abrir*, asomándonos á los cierres de cristales que circundan en Cádiz los corredores altos que dan á los patios.

Abierta la puerta, aparecía una miserable pareja, hombre y mujer, que cuando ya cerrada se mantenía humildemente junto á ella y empezaba el concierto. Era el hombre un anciano ciego, con su obscura y amplia capa y puntiagudo sombrero, con trapajosos madroños, y la mujer, por lo regular, alguna graciosa joven con pañolillo por la cabeza, andrajosa pero pintoresca. Ras-

gueando él su guitarra sujeta en bandolera empezaba á *berrear* coplas, que con gangoso tiple y tocando además el tímpano, acompañaba su compañera : nos mareaban un buen rato.

Ejecutado el dúo, se les echaba algunos cuartos y se largaban los infelices tan satisfechos.

No puedo decidirme á concluir con los cantos sin mentar el de ¡*la Nana!* cuya anotación musical he escrito también.

Horas he pasado cantándosela á mis hermanitos más chicos, cuando grandecita ya, se me confiaba alguno de ellos para dormirlo.

Sentábame en una silla que tenía que ser baja, y siguiendo un bárbaro primitivo sistema al meterme á mecedora, apoyaba el cuerpo simultáneamente sobre los pies delanteros y los de detrás de la silla, obteniendo así monótono y uniforme, aunque algo brusco *vaiivén*. Atontaba esto á la pobre criaturita que tenía que aguantar el martirio á *la fuerza*; pero consolada probablemente con el arrullo del adormecedor refrán, acababa por dormirse profundamente y quedaba yo tan ufana con mi triunfo, ignorando el daño que hacía ó podía hacer al niño.

He aquí dos de las coplas :

Duérmete niño, á la nana,  
¡Nanita nana!

Duérmete lucerito  
De la mañana.

Á la puerta del cielo  
Venden zapatos,  
Para los angelitos  
Que están descalzos.

Otra clase de canto, también de Cádiz, y éste algo tétrico, era el del sereno.

No dudo que si aun existen serenos, debe haberse modernizado el tipo de antaño.

Este pacífico custodio de los atardados transeúntes nocturnos cuántas veces nos ha acompañado amablemente del teatro á casa, cuando mi compañera hermana y yo, con nuestros padres, hacíamos este camino á pie, de lo que más adelante hablaré. Nos abordaba con *¡Muy buenas noches!* se entablaba alguna conversación al andar, con aquella franqueza tan general en Andalucía, y cuando ya llegados á casa llamaba á la campanilla de nuestro portón, recibía ligera propina y se despedía con *¡Ea, muy buenas noches!*

No tenía su atavío gran cosa de especial, aparte el encendido farol en una mano y en la otra su chuzo, el que supongo tendría por objeto servirle de defensa.

Así visto de *amigo* y de protector tenía el buen hombre su agrado; pero al despertarse uno en

medio de la noche, oyendo su desabrida voz prorrumpir en un lúgubre y desgarrador; *Ave María Purísima!*; *las dos* (ó las tres, ó cualquiera otra hora) *han dado y sereno!* lo que es á mí me daba terribles escalofríos; mas peor era aún cuando en vez de decir... *y sereno*, añadía *y nublado*, ó *y mal tiempo*, porque entonces aumentaban los escalofríos al oír mezclarse á su lastimero grito el bramido del mar que teníamos muy próximo, pues nuestra casa daba á una gran plaza cercada por la muralla de recinto. Contra ésta se estrellaban estrepitosamente las olas, y cuando silbaba además el viento y caían aguaceros, la furia de los elementos era verdaderamente espeluznadora.

Pero, por otro estilo, era aún más fuerte la impresión que se resentía, cuando se quebrantaba también el sueño del modo siguiente:

Mi hermana y yo dormíamos en el mirador ó piso alto de la casa; nuestro cuarto tenía un balcón que daba á la plaza ya citada, en la que todo sonido retumbaba fuertemente, y cuando sumidas en profundo sueño oíamos de pronto una ruidosa campanilla que, resonando hasta nuestra altura, nos despertaba azoradas, ya conocíamos su señal; era que pasaba *La Majestad* por la calle para auxiliar algún moribundo.

Daba esto, como allí se decía, la *muerte chi-*

*quita*; pero lo mismo era oír este imponente é inmutador aviso, que, según la antigua y respetable costumbre de la ciudad, nos levantábamos y medio vestíamos á toda prisa, y encendiendo un par de velas y acercándonos con ella á la ventana, nos arrodillábamos para unir nuestra oración á la que articulaba en alta voz el sacerdote al pasar en camino para ejercer su elevada misión. Con general espontaneidad veíanse iluminar numerosas ventanas.

Muchos devotos, con cirios encendidos, acompañaban la procesión; alejábase luego, poco á poco, el sonido de la campanilla, hasta volver ésta á llamar para avisar que volvía la dicha procesión á su parroquia. Quedaba en el espíritu solemne sentimiento.

No tratemos más del sombrío *tilín, tilín* de la dicha campanilla que tan fúnebre explicación tenía, y vamos á los alegres campanillazos que á menudo sonaban á nuestra casapuerta, y que, por lo contrario, anunciaban feliz acontecimiento.

Gracias á las *frondosas* familias gaditanas, repetíanse con constancia estos campanillazos, que por su triunfante sonido se conocía que estaban dados *con gana*, como quien presagia albricias.

Abierto *el portón* por una cuerda que desde el piso principal, atravesando el patio iba hasta él, presentábase un mensajero (regularmente era un

prosaico gallego), que con tontona sonrisa exclamaba : « De parte de la señora *Tal*, que ya tienen ustedes un nuevo servidor á quien mandar ». Esto, como se inferirá, anunciaba una naciente vida, y era el modo de participar á las familias amigas el advenimiento de un ciudadano ó ciudadana más. En sí, poco nos interesaba á *nosotros los niños* que hubiese *otro niño* más en el mundo; pero lo que nos interesaba era que ya sabíamos que dos ó tres días después, otro buen campanillazo sonaría, y que esta vez, serían presentados sobre elegante batea de plata, un par de cartuchos de dulces del *Bautismo*, de parte de la misma señora *Tal*, madre del nuevo gaditano ó gaditana, y eso nos prometía yemas, capuchinas, etc., lo que no nos disgustaba, por que ya tal vez se haya reparado que no dejábamos de ser algo golosos.

La verdad es que, por mi parte, confieso que aun hoy día me gustaría poder volver á encontrarme *cara á cara*, con uno de esos seductores cartuchos de *in illo tempore*, y poder coger en ellos un par de dulces. Casi pudiera figurarme que los veo, pues están ante mi imaginaria vista como fotografiados. Por supuesto, que existen siempre cartuchos de dulces, sobre todo en las confiterías modestas de España, pero *mis cartuchos de Cádiz* no los había ya ni por asomo, cuan-

do estuve allí la última vez hace unos nueve años; ya entonces no se estilaban, pero por curiosidad voy á explicar los que yo conocí y aprecié: mis contemporáneos de fijo los reconocerán.

La *pedra fundamental* del cartucho consistía en un saco de grueso papel blanco, de forma de cilindro, de unos diez centímetros de diámetro, sobre unos treinta de alto, atestado de empapelados dulces. Envolviendo este saco, había un lustroso papel de brillante color, tan pronto rojo, cual celeste ó de oro, y encima, transparentándose sobre ese fondo, el papel *de adorno*, que era de azulado blanco, curiosamente taladrado de recortes, y las orillas de la hoja con festoneada orleadura.

Sobre la parte de encima, en medio del cilindrado edificio, se colocaba una gran papeleta, indicando el nombre del confitero. Era el más famoso entonces un tal *Sñigo, de la calle de Linares*, el que ostentaba como *insignia* una figura de la Fama con extendidas alas é inmensa trompeta, lo que para los no muy duchos en ciencia alegórica, podía muy bien tomarse por algún ángel del día del juicio por la similitud de emblemas y el poco especial carácter de la pobre Fama. Quedaba sujeta esta papeleta en sus alto y bajo por unas cintas de raso (regularmente blancas y muy tiesas) que terminaban en elaborados lazos, pues

de veras no eran ni tan ridículos ni tan feos como se pudiera creer, y entre el brillo de la batea, el ornato de las cintas y del papel de oro que traslucía, no dejaba de ser elegante el efecto general.

¡ Pero que atrás quedan ! ¡ atrás hay que dejarlos sin remedio, pues ya pasaron !

Vamos ahora á otra particularidad. Cuando nosotros, la gente menuda, habíamos merecido alguna recompensa, una de las que se nos otorgaba, muy de nuestro gusto, era ir á dar un paseo *en coche*.

El que no ha conocido los coches de la época de mi infancia, no ha conocido nada antediluviano.

El poseedor de estas verdaderas arcas de Noé, en las que se podían encajar familias enteras con facilidad, era un tal Juan Pedro, por cuya sola apelación, sin meterse en más honduras, era llamado por todo bicho viviente en Cádiz.

De muy moderado precio era el alquiler, y mucho se usaban estos coches, principalmente para los paseos y bautismos. Por fuera casi siempre estaban pintados de *color de canario*, y la portezuela lucía regularmente sobre ese subido fondo una primorosa canasta con flores de muy primitivo dibujo y de vivísimos colores, como lo eran igualmente los ramos que adornaban los cos-

tados. El interior se hallaba forrado de labrado terciopelo, casi siempre grana, de rico efecto, pero tan sumamente *rasposo que rallaba las tripas* (según la poco académica expresión) al pasarle la mano por encima.

Los caballos, aunque pareciendo haber cumplido con larga cuaresma, tenían, sin embargo, bastante animación, y sacudían alegremente las pequeñas campanillas de sus amadroñados arreos, grana también, que primorosamente adornaban sus cabezas.

El cochero, vestido como de confianza, con su calesera, su faja, y su calañés, completaba el cuadro, que era extraño. Estos detalles á nosotros nos tenían sin cuidado, y muy contentos, y muy anchos de ir en coche; en él nos metíamos con entusiasmo, y saliendo por la puerta de Tierra, atravesábamos sobre puentes levadizos los profundos fosos de las fortificaciones y llegábamos, como término de nuestro paseo, hasta el fuerte llamado *La Cortadura*, que era el más alejado de ellos.

El paseo era poco frondoso como campo, pues pasadas algunas verdes huertas, consistía el camino en una ancha carretera, algo en alto, extendiéndose entre dos playas, la del inmenso mar y la de la bahía, y circundada por un no interrumpido muro muy bajo, con numerosas al-

cantarillas, para dejar paso á las olas en las crecidas mareas, y evitar el exterminio de las cercas. Este verdadero istmo era de poética impresión, y la bahía, rodeada en su fondo por las alturas de Medina Sidonia, Rota, etc., y reflejando en el agua cristalina de sus orillas la deslumbradora blancura de las pirámides de sal, formaba precioso panorama.

Excuso decir que estas observaciones las hice *años después*, porque en aquel entonces debía hacer poco alto en ellas. Lo que recuerdo principalmente, después de la diversión de hacernos *acarrear*, era la impresión desagradable que me causaba cuando al pasar, á la vuelta, bajo la bóveda de la puerta de Tierra, aparecían á nuestra vista adustos carabineros armados de largos y amenazadores pinchos. Aunque, por supuesto, para nada se metían con nosotros los pobres hombres, por reservar las *picaduras de sus armas* para los numerosos sacos que en ruidosos carros constantemente llegaban, con su cargazón de víveres, y de los que dándoles un buen pinchazo, reconocían el contenido, á mí me quedaba un *tonto* escozor, que solo pasaba al perderlos de vista. No entraba yo en calor por completo hasta volverme á encontrar en las estrechas calles, de las que á veces rozaba nuestro carruaje las dos aceras á la par; pero, como por milagro,

acabábamos por llegar con felicidad hasta delante de nuestro portón.

À propósito de los fosos de la ciudad, que por suerte entonces no tenían que servir para defenderla, recuerdo que se utilizaban para usos menos severos, y entre ellos, por ejemplo, hacia fines de año tenía lugar en algunos de los que lindaban la muralla de tierra, una feria de carneros. Muy bonito era por cierto verlos correr por la musgosa hierba que en el fondo verdecía, engalanados, como se presentaban muchos de ellos, con moñas de cintas de todos los colores y algunos hasta con cascabeles.

La particularidad de estos animales consistía en tener la lana de oscurísimo color castaño en extremo rizada, y en ser de pequeño tamaño; por lo demás eran tan tímidos, torpes y poco diestros como sus colegas los blancos. Gran fiesta era para los chicos el lograr que se les comprase un corderito; nosotros nunca tuvimos uno, y envidiábamos esta felicidad...

En otros fosos, pero esto, no por excepción, sino constantemente, el que fijaba la vista en ellos, podía contemplar en algunos que estaban cuidadosamente cercados, las víctimas destinadas á los pucheros y asados de la población.

En primer lugar había muy pocas, dando así la medida de la frugalidad de los gaditanos, y luego,

las que había, eran por lo regular exhaustas y flaquísimas vacas; pero con ellas había que contentarse. Como consuelo, decían los inteligentes en la materia que la carne de esos pobres animales de tan escuálido aspecto, valía más, sin embargo, como nutrición, que la de los animales de más grasienta composición acreedores de agrícolas premios.

## CAPÍTULO V

Los zapatos de orillo. — La mantilla. — El agraz. — Jueves Santo. — Abanicos y rosarios. — Cruz de Mayo. — La azotea y la torre.

No puedo dejar de mentar el original recuerdo que me han dejado los zapatos de orillo. Había una época indicada para la *espontánea brotadura* de este curioso calzado, y era cuando en el templado Cádiz empezaban los fríos. La calle de Cobos era entonces el centro de la industria ori-llera, calle que iba angosta y tortuosamente de la plaza de los Delcalzos hasta cerca de la Catedral; y de allí hacia venir nuestra madre un verdadero cargamento de zapatos, primero porque, como ama de casa, regalaba todos los años un par de ellos á cada una de nuestras amas secas, y luego, había que calzar los pies de cada niño, cada cual de distinto tamaño, acabando por unos muy chiquirrititos.

Para el arduo trabajo de la probadura, sentá-

bamonos todos, unos en el suelo, otros sobre sillas bajas, y los más chicos sobre las faldas. Era *obra de monos*, pues no sólo había que dar en la tecla como medida, sino porque luego quedaban otras teclas en que dar, por las preferencias que se manifestaban por un par de zapatos, antojándosele de fijo al uno, el par que le estaba bien al otro.

Para comprender bien toda la importancia de estos antojos, hay que explicar que estos pícaros zapatos variaban bastante en su homogeneidad. No sé si podré explicarlo bien; el único medio es probar. Habrá que figurarse un tejido fabricado con angostas tiritas de orillas de bayeta ó paño, de medio centímetro de ancho, cruzadas y entremetidas como los hilos en un grueso cañamazo y que eran por la mayor parte de color verde ó azulado obscuro, con algo de mezclilla blanca. Quedaba el tejido grueso, pero flexible y abrigadísimo.

Hecho el zapato, que se forraba de franela celeste ó colorada con vuelta de ancho ribete aparente, era en el adorno de la parte de encima ó empeine, donde se esmeraba el talento de compositor del artista zapatero, que añadiendo en suplemento tiritas de paño de vivos colores, alternando y realizadas por otras de cabritilla blanca, obtenía caprichosos arreglos á estilo de damero,



concluyendo el extravagante conjunto con colocarse un pedazo de piel de gato en reemplazo de moño ó hebilla. Principalmente al comparar entre ellos esos adornos de las tiras de color, se despertaban las preferencias de los niños por un calzado más bien que por otro; pero donde se acentuaban hasta llegar al *paroxismo* era cuando admirando los matices de las pieles que variaban desde profundo negro hasta purísimo blanco, agotando entre los dos extremos numerosas degradaciones y delicados tintes, daba la malhadada casualidad que había dos ó tres aficionados al mismo gato: entonces ardía Troya.

De los pies saltemos á la cabeza; aquí hablo ya de cosas de *mocitas* y no de niños, para recordar que cuando lo éramos mi compañera hermana y yo, cogimos la época de *la mantilla*, no el bonito tocado que hoy día lleva ese nombre, siendo sólo un reflejo de mantilla, sino la mantilla *de veras*, con fondo, ruedo y velo. Aun conservo una de las de mi madre llamada de blonda francesa, que es cosa preciosa por lo fino del tul y la riqueza de las hermosas flores mates de azulado negro. Nosotras, las muchachas, las llevábamos, por supuesto, mucho más sencillas, ó de encaje de imitación ó bordadas: los fondos se llevaban mucho de raso, con ancha guarnición de terciopelo. ¡Qué bien se envolvía una con ellas,

con ayuda del abanico para sujetarla sobre la boca y resguardarse del aire cuando soplaba demasiado fresco! ¡Qué bien se estaba con el velo bajo, cuando á su través se quería curiosear, sin ser una más que entrevista!

*No digo nada* de lo que favorecía el mismo velo echado hacia atrás, y recogido con gusto sobre el cuantioso y bien peinado cabello, dejando ver á veces una ó dos rosas del tiempo... como quien no quiere la cosa.

¿Y aquellas mantillas blancas tan preciosas? Había en primer lugar las de plateada blonda que sólo para los toros ó alguna gran ceremonia, se reservaban por lo lujosas; pero las de tul bordado festoneadas las unas y las otras con grandes puntas se llevaban mucho en verano, para los paseos de la tarde en la Alameda.

No puedo, al mentar la Alameda, prescindir de una pequeña digresión sobre lo que nos encantaba á mi hermana y á mí, cuando concluído el paseo nos llevaban nuestros padres, antes de volver á casa, á la nevería del mismo famoso Sínigo de los cartuchos, para beber agraz. Ese agraz de Cádiz, es de esas bebidas que sólo allí se bebe tan buena, pero dura poco tiempo, por hacerse con la uva verde de una clase especial; pero con cuál... nunca lo supe.

Tampoco sé cómo era el famoso néctar de los

Dioses, á no ser por descripciones homéricas, pero de fijo... no sería mejor que el agraz.

El año pasado mismo, mi ansia de resucitar siempre todo lo *de mi tiempo* me hizo intentar, por una excelente receta dada por uno de los amigos á quienes dedico la presente *algarabía* (y cuyo nombre discretamente oculto), hacer agraz en París. Pues aunque parezca estupendo, me salió bien. Este mismo excelente amigo fué también el que (Dios se lo pague y en el cielo se lo halle) me procuró la semilla para plantar mis famosos pinos que en París ningún jardinero conocía, y que á mí tan buenos ratos me dieron; ya expliqué el por qué hablando de los *Jubileos*.

Volviendo de nuevo á la mantilla, se estilaba entonces también para ir á misa temprano, el llamado manto. Componíase éste de unas tres varas de cualquier género, lana ó seda, y si de seda, preferíase la *sarga de Málaga*. ¿Qué será eso? exclamará probablemente algún lector joven. Pues una seda ligera, suave y manejable, exquisita. Á esta seda, ó á la lana, añadíase un velo como de una vara, y más ancho que largo, que se llevaba tan pronto echado á la cara como recogido, y la parte de seda se ajustaba por los movimientos de los brazos á la cintura, haciendo muy gracioso y elegante efecto sobre bonitos cuerpos, que no faltaban allí.

Quedaba luego para la visita y los paseos de día de fiesta en la plaza de San Antonio, el ligero velo, también de hechura de chal (es decir, largo y angosto), del cual existían diversas clases: unos de rico encaje de Barcelona, otros como las mantillas de imitación ó bordados, y muchos de sencillo tul, guarnecidos ó no de alguna puntilla.

Estos velos, con los que las jóvenes se ponían muchas flores del tiempo en la cabeza, y que les dejaban el cuerpo airosamente *en cuerpo*, era lo que, naturalmente, del renglón *mantilla* preferían ponerse, por lucir más, y luego porque no *despeinaban*.

¡ Á cuántas amigas estoy volviendo á ver como las veía entonces, al hablar de estos velos y de estas flores, y cuán guapisimas las había, y qué alegres y qué buenas!

El Jueves Santo, para ir á visitar los sagrarios, era el día en que salía á lucir todo lo más lujoso que en mantilla había, y también, á pesar de lo severo del día, salían del fondo del cofre los más hermosos abanicos y los más ricos rosarios y camándulas. Abanicos como en Andalucía, pocos se encuentran, por quedar éstos en las familias como las alhajas; y así se ve tanta maravilla como ostentan sus dueñas, sobresaliendo los de concha con incrustaciones de oro y plata, y países pinta-

dos sobre cabritilla, algunos verdaderas obras de arte. Muchos he visto también con el país de seda, medallones pintados con cenefas, y bordados de lantejuelas con el varillaje de marfil labrado con delicadas esculturas doradas y plateadas.

Desde los espléndidos y lujosos de nácar ó filigrana con esmaltes, etc., bajaba el nivel hasta llegar al inolvidable, aunque ya desaparecido abanico de *calaña*. De todos, sin duda alguna, era éste el más notable. Armábase así: cogido un pedazo de caña de unos cincuenta centímetros de alto, se dividía, cortándolo en su altura en delgados é iguales palitos, y taladrados éstos en lo bajo, pasábase por los agujeros un fuerte alambre retorcido á cada extremo para sujetarlos, y quedaba formado el grueso clavillo. El país, de tosco, pero bastante delgado papel, lucía figuras de majas y majos, toros, etc., dibujadas al contorno, sumamente mal é iluminados con apegotados parches de pintura barnizadísima, sobresaliendo el verde claro; además con *lemas* de más ó menos buen gusto. Este país se pegaba á las cañas, que por su revés quedaban aparentes. Dos cuartos costaban, y apenas los valían, pero todo el mundo poseía su abanico de *calaña*, sobre todo en los días de sofocantes calores, principalmente la gente del pueblo, y tenían su mérito.

Además de los ricos abanicos, otro de los lujos

de las gaditanas era, y debe seguramente ser aún, los rosarios. Algunos eran verdaderas alhajas.

Preséntaseme notablemente á la memoria uno de oro y perlas finas, y otro de elaborada filigrana también de oro, éste con gruesísimas cuentas de venturina; ambos eran preciosos. Los todos de oro, los de corales y oro, los de cristal de roca y oro, eran prendas elegantes y de valor. Venían luego en más modesto rango los de azabache y de otras varias clases montados en plata, acabando la serie por descender hasta el humilde tipo del de cuentas de madera ensartadas en un delgado cordoncito, del que quedaba un buen trecho visible, sobre el que, á medida que concluía un *Padre nuestro*, ó una *Ave María*, resbalaba la cuenta con una gran caída. Éste era el rosario de las viejecitas.

Entre mantilla, flores, abanico y rosario sobresalía encantador aquel tipo tan de Cádiz, de tez ligeramente trigueña, de graciosísimo cuerpo, de hermosos ojos, tan pronto cariñosos como refulgentes, y mil otras cualidades, dominando el seductor conjunto aquel agrado tan particular de la gaditana.

Volviendo al Jueves Santo, ¡qué día tan hermoso era! Primero, por lo devoto de las iglesias con tanto imponente monumento iluminados por inmensos é innumerables cirios, con sus *Profetas*

y sus *Judíos*, que era lástima dejasen algo que desear artísticamente: pero en cambio, ¡cuántas otras esculturas impresionaban! Había en varias iglesias algunas imágenes de Nuestra Señora de los Dolores y de la Soledad, efigies hermosas cuyos rostros eran admirables de ejecución y de dolorosa expresión. En la iglesia de San Francisco, que frecuentábamos más á menudo, recuerdo que en ese día la llave del Sagrario se colgaba al cuello de la imagen de la afligida madre de Nuestro Señor, cayendo sobre las saetas de plata que taladraban su pecho, y en sus cruzadas manos tenía *candorosamente* colocado un pañuelo plegado con artístico primor, y guarnecido de hermosos encajes.

Llevaba sobre la cabeza una especie de toca, también adornada de inestimables encajes antiguos, que acompañaban la cara, cayendo por los lados sobre el vestido de terciopelo negro bordado de plata: el manto, igual al vestido, se sujetaba sobre la cabeza con una hermosa corona, y llegaba haciendo cola hasta el suelo.

Todo Cádiz se cruzaba constantemente por las calles, dándoles inusitada animación; el Alcalde y el Gobernador iban también de gala y de oficio, numerosos eclesiásticos, etc.; había de todo, devoción y distracción.

Demos un salto y vamos á otro día señalado.

Día menos solemne, ¡pero qué lleno de contento era para nosotros el de la Cruz de Mayo!

Teníamos en casa, y era bastante fea por cierto, una cruz de caoba de unos treinta centímetros de alto y de bastante espesor, elevada sobre maciza peana de tres escalones en disminución, pero aunque ahora la critico, entonces la admiraba, y, según el tradicional uso de la familia, estaba reservada y destinada para ponerle su altar cada 3 de mayo. El arreglar este altar le correspondía naturalmente á nuestra Mariquita, y *nosotros los niños*, éramos los encargados de juntar el capital para darle el mayor lucimiento posible, comprando velas y flores. Se inferirá la importancia que esto nos daba; debíamos estar insufribles para los demás, porque armados de nuestros platillos se nos permitía ese día pedir; y después de agotada la gente de casa, fastidiábamos á las que á ella por sus pecados venían de visita, y tenían que soltar sus cuartos para la Cruz de Mayo.

Cubriase la pared del fondo con blanca sábana, poníase otra como de mantel y se arreglaba con alguna caja vacía de madera (igual sistema de arquitectura *primitiva* que la del Nacimiento) una especie de pedestal á nuestra querida cruz, que se cubría con raso, encajes y cintas para adornarla. Servía de capilla un tramo de corredor cerrado de cristales (del que cercaba nuestro patio),

y allí devotamente arrodillados le pedíamos muchas cosas al Señor ante su Cruz y nos extasiábamos con lo deslumbrador de las numerosas velas y en la hermosura de las azucenas, rosas y claveles agrupados en elegantes floreros, cuyo perfume era para marear á cualquiera, pero que sobrellevábamos valientemente, muy satisfechas con el brillante efecto de lo costado por nuestros pordioseros esfuerzos.

No cuento, como se verá, meterme en hablar, ni con mucho, de todos los usos y costumbres de mi tiempo; hágolo sólo de algunas cosas sobre las que aunque muy sabidas, me ha sido especialmente grato el extenderme y *machacar*; sólo me he ocupado y me ocuparé en las que, aunque insignificantes en su forma, acaricio como retrospectivas ilusiones personales. Á imitación del poeta diré que estas familiarísimas relaciones son para mi *hojas desprendidas del árbol del corazón*, que por eso con cariño recojo, y nada mas.

Mientras ando rodando por Cádiz me es grato experimentar aún la sensación ideal de ciertas tardes de primavera, con ese ambiente de mar tan delicioso, dominando la temperatura suave de aquel clima, verdadero encanto!

Pienso en aquellas tardes en las que con nuestro querido buen padre subíamos á la azotea de casa á ver sus macetas; ¡qué macetas tenía!

Eran principalmente de anémonas y marimoñas, sus flores favoritas, que las mías han sido también desde entonces hasta ahora. Tenía especies venidas de Inglaterra y Francia dignas de atención por su singularidad, que contemplaba gozoso y algo ufano de hacerlas también admirar.

De la azotea subíamos á la *torre* que cada casa de alguna importancia tenía en Cádiz; allí sí que había admirable vista! Ofrecíase á la mirada el mar casi completamente en torno de sí, menos por el lado donde el espesor de las casas y monumentos de la ciudad lo ocultaban con un amontonamiento de encaladas paredes, de verdes rejas y de floridas azoteas, y abajo, en el terreno del *fondo*, el trazado de las angostas y largas calles, sumidas ya en densa sombra, mientras el sol iluminaba aún con sus dorados rayos á los miradores, antes de desaparecer en el fulgurante Océano.

En las azoteas marcaban alegres puntos de color la ropa, que, tendida sobre cordeles, de almena á almena, era costumbre hacer secar allí dejándola revolotear con la brisa. Además de los *blancos* veíanse hermosos *amarillos* y *rojos*, especialmente en las casas donde había niños chicos, y, por consiguiente, las bayetas, en las que era costumbre envolver á los fajados infantiles, y para las que se escogían esos llamativos colores.

Ya al ponerse el sol, venían las lavanderas á recoger la ropa en grandes lebrillos de vidriado barro de fondo blanco, con disparatados dibujos, trazados la mayor parte con verde brillante, celeste claro y azul obscuro. Era un cuadro muy característico.

En la bahía numerosos buques y aún más numerosos faluchos animaban su aspecto, que con su gran telescopio examinaba atentamente nuestro padre.

¡Cuánto ansiábamos que nos lo prestase también á nosotros, lo que hacía sonriéndose, previendo el chasco que nos íbamos á llevar por no ser bastante duchos para poder arreglarlo á nuestra vista; lo que daba por resultado, según debo reconocer, que jamás llegamos á ver bien un solo barco, porque nos aparecían como sumergidos en espesa neblina.

Hablando de nuevo de nuestra querida azotea diré que otras tardes, cuando ya éramos mayorcitos, subíamos solos á ella, para jugar y charlar con unos jóvenes vecinos nuestros, vástagos de otra familia numerosa, de los que éramos íntimos amigos.

Nuestra gran habilidad era pasar de una azotea á otra entre dos de los barrotes de una reja que sobre el pretil, bastante alto, que las separaba, se encontraba en algo ruinoso estado, roída por el

salitre, no quedándole encima ni un átomo de pintura.

Mientras nosotras revoltosas charlábamos, los muchachos jugaban á su modo, uno remontando su barrilete, el otro maniobrando su palo de barco; luego abandonaban de pronto todo esto, para empezar á dar desatinadas carreras y desafortados gritos, con lo que generalmente terminaba la función, al anoecer, cuando, como expresivamente decíamos, *bajábamos abajo*.

## CAPÍTULO VI

Los cajones. — Las lecherías. — El freidor. — El falucho. — La casa de Puerto-Real. — Los azulejos. — Las bateas de dalias. — Los grillos. — Las salinas.

¡Vamos á los cajones! No se crea que se trata de empaquetar algo; nada de eso, estos cajones tienen referencia á los baños de mar en Cádiz y en ellos sólo se metía... gente.

No habiendo playa sino casi fuera de la población, en un sitio llamado *La Caleta*, á donde sólo iba la gente pobre, sobre todo de noche, á bañarse gratis, había que encontrar modo de instalar baños más elegantes en los muelles y teníamos... los cajones, muy inteligente y agradable combinación, pero *atravesada* para explicarla. Antes de probar de hacerla comprender, me complazco en acordarme de las deliciosas zambullidas que en esos cajones he dado, de lo fresca y hermosa que me parecía el agua después del ardiente sol que había que atravesar antes de llegar al baño y de lo que allí nadaba... ¡Nadar en un cajón! ¡vaya si se nadaba!

En el muelle que había al salir por la puerta llamada *del Mar*, se extendía, costeano su muralla, el establecimiento de los baños concurridos por la sociedad elegante gaditana, y era un edificio de tablas á estilo de larga galería cerrada por delante y cubierta, que, dividida en reducidas separaciones, cada una con su respectiva puerta, formaban los llamados cajones.

Una vez dentro, se hallaba uno en un plano, aun sobre la tierra firme del muelle, destinado para servir de cuarto de vestir y que debía tener unas cuatro varas de largo, sobre dos de ancho, calculado éste desde la entrada, hasta el borde de la muralla; de este borde, en toda su anchura, bajaba al mar una escalinata de madera con escalones muy separados unos de otros, por deber servir de asientos á las bañistas, que así podían colocarse sobre ellos, escogiendo el que las ponía á la hondura precisa para que el agua las cubriese bien.

Á la pleamar solía haber una extensión de agua bastante grande y profunda para poder nadar... como ya dije, no obstante, que era algo á semejanza de peces en pecera.

Para los que no nadaban había gruesas cuerdas tendidas, á las que agarradas las manos, podían hacerse flotar agradablemente y para las atrevidas podían salir á nadar por la delantera del cajón

é irse todo lo lejos que querían, como explicaré.

Ya en el agua, presentábase la situación del modo siguiente: de los cuatro lados del cajón quedaba á espaldas el primero, ó sea el tabique de la entrada; el segundo y el tercero, los de derecha é izquierda, bajaban siguiendo las laderas de la escalinata, hundiéndose profundamente en el agua, y formando las precisas separaciones entre los distintos baños; y, por último, el cuarto, hacia el frente, se componía de un inmenso tablón, que era movable, y que se subía ó bajaba á gusto de los bañistas.

Cuando quedaba en alto, ¡ qué precioso era ver extenderse á la vista aquella extensa bahía y qué deleite para las nadadoras salir á nadar de verdad!

La *tapadera*, que digamos, del cajón, consistía en un entablado bajo el cual se estaba perfectamente al abrigo del sol.

Cuando se sabía que se hallaban algunas amigas *de vecinas*, metiéndose entre los escalones y nadando bajo la escalinata que corría por todos los baños, nuestra broma de muchachas era hacernos mutuas acuáticas visitas, de este modo original, muy de confianza.

Me acuerdo que salíamos del agua con un apetito atroz y que para apaciguarlo aprovechábamos de unas tortas de Morón, que ofrecían vendedoras en el muelle y que eran capaces de echar

lastre en cualquier estómago, y á la vez comprábamos uvas como para neutralizar el plomo de las tortas. Ya no quedaba más que volver á atravesar un buen *solazo*, y después de nuestro exquisito baño volver á casa *sofocadas*.

Ahora, otro tema.

*Las lecherías* en Cádiz y en Puerto-Real eran por el mismo estilo, y su gran mérito para nosotros de niños, era, como luego también de jóvenes, ir á ellas á beber leche con bizcotelas, obsequio frecuentemente ofrecido, y siempre aceptado con gusto por los beneficiados.

Un letrero sobre la entrada decía: *Lechería*, pero lo que las indicaba sin tener que leer nada, era el ver, desde lejos, á la puerta, algo muy verde y muy blanco, señales reveladoras al que sabía lo que significaban. Al acercarse, resultaba ser una mesita contra un lado de la entrada, cubierta con paño de blanco lienzo, saltando de limpio y encima un par de grandes orzas verde claro. Una boca abajo denotaba estar... vacía; la otra, con su redonda tapadera de madera, y encima las medidas de cuartillo y medio cuartillo, contenía la leche para el despacho.

Recuerdo unas grandes hojas verdes de palmito tan frescas y bonitas, de las que había muchas y algunas sujetas á la pared con cacharros encima, otras puestas debajo de grandes quesos de cabra.

Como adorno interior, mesitas, sillas y toscos vasos de vidrio con grabados, altos y angostos, para beber, sobre todo la leche de cabra, allí tan buena y muy preferible en mi tiempo á la de vaca, que dejaba que desear.

Nada de muy particular tenían estas lecherías; pero á pesar de eso, muy buenos y alegres ratos proporcionaban.

Vengo ahora al *freidor*; éste era otro de los principales tipos de Cádiz.

Al anochecer se percibía en las calles fuerte olor de aceite frito, y atascaba el humo que daba á la garganta, pero ambos inconvenientes se podían perdonar por ser señal que empezaban los preparativos para alistar la incomparable pescadilla gaditana para la hora de la cena. ¡Y ¡quién no cenaba con pescadilla frita, aunque no fuera más que por unos cuartos!

En mangas de camisa, con el estrecho pantalón ceñido á la cintura por colorada faja y con sombrero calañés puesto, así veo aún á uno que cerca de casa vivía, sirviendo á su puerta el pescado á los compradores. Hay que saber que en la citada puerta, contra una de sus hojas, se apoyaban unas tablas sobre tijeras, cubiertas de una especie de estrecho mantel, que tenía hasta un encaje serrano á cada extremo, y encima estaban colocados unos grandes lebrillos de vidriado barro

amarillo obscuro, en los que escurria el pescado que salía de la sartén, sobre agujereado colador de hoja de lata. Se vendía á la puerta, esperando los compradores en la calle el cartucho de papel de estraza en el que se les entregaba el pescado y con el que se echaban á correr para casa á fin de que llegara calentito.

Hacia el fondo de la tienda era donde se freía, y eso, sin parar, estando todo clarísimamente alumbrado por dos ó tres... *reflectores*, digamos, porque reflejaban, aunque no se les llamaba sino lámparas de freidor, que eran muy particulares y muy prácticas.

Para el que no sepa, como nosotros lo sabemos, como eran, hay que figurarse montada en elaborada armazón de hoja de lata, una gran estrella hecha con tiras de espejo perfectamente ajustadas una á otra, que salían á semejanza de rayos, y anchando hacia el exterior de una redondela también de espejo, que formaba el centro del reflector; delante de ella había como un corto brazo de candelero, sobre el que ardía una candileja muy bajita, cuya llama tenía que dar exactamente en el centro citado; y así sucedía que resultaba reflejada en cada tira de espejo, produciendo una brillante corona de luces de extraordinaria reverberación.

Despídome ya de mi freidor, dejándolo muy

ocupado en vender su pescadilla, y sintiendo no poderle comprar una poca.

Sublime cosa es el mar. Siempre ha sido para mí un encanto contemplarlo en la inagotable y magnífica variedad de sus aspectos, y he pasado largas horas extasiada ante él.

Expresado mi entusiasmo, añado que otra delicia que infinito apreciaba, era meterme en él; pero en cuanto á ir *sobre él* lo odio de firme, por los pésimos ratos que he pasado durante los numerosos y largos viajes hechos en mi vida sobre el movedido y mareador elemento.

Mi primer viaje embarcada lo hice de cinco años, llevándome mis padres consigo de Cádiz á San Petersburgo de un tirón, como quien no dice nada; y según lo supe luego, parece que ya entonces expresaba mi escaso contento en verme á bordo, dándole quejas á mi madre, diciéndole desesperada: « ¡Ay! mamá. ¡Ojalá no hubiera venido! »

Jamás aumentó mi afición al barco; tanto que, cuando llegaba la época de hacer en falucho la corta travesía de Cádiz á Puerto-Real ó viceversa, para las mudanzas de ciudad á campo, ó de campo á ciudad, me era antipática la expectativa del rato de mar, notablemente los días de Levante, por prever los tumbos que daría el buque.

Cuando era de Cádiz á Puerto-Real la partida se pasaba lo peor primero; porque de la bahía, regu-

larmente agitada, se entraba luego en el *Caño*, canal que iba hasta la Isla, y en él se encontraba uno con una serenidad tan grande que, á veces, acababa por degenerar en calma chicha. Olvidábase entonces toda estomacal alteración que pudieran haber resentido los navegantes que, ya animados, se ponían á cantar unos, otros á comer y beber, los niños á jugar, y los que sabían gozar, á gozar de lo bonito de todo aquello que les rodeaba, las verdes marismas, los grandes y elegantes pájaros que, numerosos en su torno revoloteaban y se abatían, llamados sarpicas reales, los celestes fondos de lejanas colinas, y á orillas del mar vivos blancos que anunciaban las casas de Puerto-Real, y luego sol y más sol, brillantando el agua con un chisporroteo, cuyo resplandor quitaba la vista...

Nuestro *capitán* se llamaba Osuna, amigo de todas las familias que constantemente llevaba y traía á Puerto-Real, y que habiéndonos visto, si no nacer, á lo menos crecer, nos trataba con toda franqueza. Era un buen hombre, original y con desordenado cariño á la manzanilla; lo peor era... que se le conocía.

¿Seguirá aún yéndose de Cádiz á Puerto-Real en falucho? ¡ Si no es así, adiós color local del falucho de Osuna!

Ahora quiero volver una vez más á dar otra

vueltecita por Puerto-Real y ya para despedirme por completo de él, en estos algo disparatados apuntes; pero sobre todo para echar una última mirada á aquella casa en la que tantas diabluras hemos hecho nosotros, los niños de la familia.

Entro primero en nuestro hermoso patio. En medio, el cielo en lo alto (ó el toldo, según la hora ó la estación); enlosado suelo; en el centro, un aljibe, y en su contorno numerosísimas macetas de hermosas y odoríferas flores.

Corrían por los cuatro lados del patio anchos corredores abiertos cubiertos solo por una correspondiente azoteilla en lo alto, en los que había sillas, mesas, sofás, etc., porque allí era donde principalmente se reunía la familia y se recibían las visitas. Á estos corredores daban las enrejadas ventanas de las habitaciones situadas en contorno del patio.

A la izquierda, al entrar, la sala con sus dos ventanas de reja á la calle, á las que había que subir sobre poyetes altos de más de media vara.

Cubrían su suelo curiosísimos azulejos de Talavera representando como en vasto cuadro *la entrada del amor y la riqueza á las bodas de Camacho*, así lo indica un rótulo colocado sobre la entrada de un pequeño templo, que se halla en el centro y delante del cual Cupido eleva triunfalmente los brazos agitando su arco y sus flechas.

Las figuras son mitad del natural, con acentuados contornos sobre fondo blanco mate, y los ropajes, flores y adornos se componen únicamente de cinco colores : celeste, verde, amarillo, violeta y negro, tan hábilmente empleados, que se creería haber reunido la escala completa de colores. El dibujo es elegante : Don Quijote á la izquierda, y Sancho Panza á la derecha. Entre ellos y el templo, varias graciosas figuras de mujeres, una de ellas de imponente y noble aspecto, la Riqueza ; también figura el dios Marte con gran escudo y emplumado casco. Esta composición se encuentra como encuadrada en un marco interior compuesto de varios tonos de amarillo, y entre este marco y la orilla exterior de los azulejos se ven, formando ancha cenefa, varios medallones con grupos de pequeñas figuras, una Anfitrite, otra Neptuno y otros paisajes al trazado en violeta ; unos y otros ligados por guirnaldas de flores muy vivas de color. Además cuatro medallones, dos con retratos de hombre, y dos de mujer, con vestidos de la época de Goya, y cuatro floreros en las esquinas. Los azulejos de la alcoba son cada uno distinto, representando caprichosas caricaturas algunos, otros apocalípticas figuras de animales, extrañas flores y finísimas y preciosas figuritas *agoyadas* de hombres y mujeres, *plebeyos* y *señores*.

Me he extendido hablando de estos azulejos, porque son hoy día una de las pocas reliquias de ese tan original producto de la desaparecida fábrica de Talavera y haberme parecido curioso anotar su composición.

La alcoba de mi madre daba á esta sala, dando vuelta hacia el lado izquierdo del patio.

El mutuo cuarto de mi hermana y mío estaba á la derecha al entrar en la casa, era tan grande como la sala y por eso nos reuníamos á menudo en él todos nosotros, los niños, para jugar.

La entrada del comedor estaba hacia el fondo del patio á la derecha, y daba á una galería y á un emparedado jardín con enverjado pabellón en el fondo y un gran pilón en el medio, que servía no sólo como reserva de agua para el riego, sino también á veces para bañarse.

Á estilo árabe, y también como en Pompeya, estaban los muros rodeados de altos pretiles, otros en lo restante del jardín formaban dibujos geométricos y en los centros de sus compartimientos estaba la tierra en la que las flores y plantas se hallaban sembradas á más de media vara de alto del suelo.

Allí, ningún arreglo sistemático sino una destartalada mezcla de cuanta flor quería florecer, según su hora, en el orden de las estaciones, por lo que, por turnos, se agolpaban en el jardín rosas,

claveles, jazmines, chicharitos, aromas, flor del alfiler, zapos, hierba Luisa, flor de la trompeta, flor de Pascuas, capuchinas, anémonas, marimónas, suspiros, aleliés, azucenas, etc., etc.

Estos nombres asustarán de seguro á un botánico, pero á mí me representan aquellas flores que me encantaban, y que con estos nombres me aparecen como *gente conocida*.

Las flores favoritas de mi padre eran las anémonas y marimónas, como dejo dicho atrás, y luego las capuchinas y las dalias; de estas dos últimas tenía en el patio admirable colección y cuando quería obsequiar á alguna de las buenas amigas de mi madre se decidía á sacrificar unas cuantas. Á mí era á quien correspondía después de haber ayudado á cogerlas, el formar con ellas hermosos bateas para mandarlas de regalo, moda puertorraleña.

Había que arreglar las dalias, una junto á otra tocándose, sin que se vieran sus verdes cabos, y matizando los colores, y de plano, aligerando el aspecto, algo macizo de las flores, colocando entre ellas ramitas de la delicada florecita de la hierba Luisa. Volvamos al patio.

Si de día estaba agradable, aun en la ardua estación de verano, gracias á la atenuada luz del corrido toldo y del fresco que corría bajo él, al anoecer era aún más delicioso, porque, ya echa-

do atrás el toldo, aumentaba el aire respirable, aparecía el estrelladísimo cielo y había antes que se encendiesen las luces un intervalo de descanso y de recogimiento de lo más agradable.

Empezaban entonces á cantar los grillos en los campos, haciendo, como quien dice, latir la atmósfera con su continuo murmullo. Otros teníamos más cercanos, por ser cifrada manía de las criadas el encerrar algunos de los pobres animalitos en un agujereado canuto de caña, tapado por arriba con un corcho; un pedazo de tomate crudo introducido en una hendidura, alimentaba al grillo. Estos canutos los colgaban á alguna puerta de habitación dando al patio, y allí los prisioneros se las pelaban destrozándonos los oídos.

¡Qué adormecedor sosiego no obstante estos desatinados chilloncillos! ¡Qué horas aquéllas tan inolvidables! ¡Qué melancólico placer me da el recordarlas!

Voy á otro recuerdo nada melancólico antes de salir de Puerto-Real. Á medio camino, entre éste y el Puerto de Santa María, había unas salinas á las que en la época en que obtenido el salinaje se hacía correr el agua de las reservas para vaciarlas, era casi una obligación ir de *gran romería*, con objeto de comer el excelente y afamado pescado que en ellas quedaba, y que á montones se recogía.

No había en aquellos descampados ni que pensar en encontrar posada, y, por lo tanto, se llegaba precavidos de todos los avíos precisos para guisar *uno mismo*, que era la principal diversión. Como en isla desierta, se encendía candela en medio del suelo, y á estilo de pastores, montábase un tripode, al que se colgaba un perol para el pescado que tenía que hacerse *guisado*, y contiguo sobre inmenso anafe se colocaba la sartén para el *pescado frito*. Entraban aquí en competencia los *varios* cocineros *aficionados*, y no dejaba de haber algunos pequeños piques entre los que, dándolo de entendidos, tenían el amor propio quisquilloso, y no les gustaba se luciese un rival en su lugar. No era esto lo peor, sino que, por desgracia, dejaban algo que desear los improvisados *bodrios* de los susceptibles competidores; pero por estar de buen humor la concurrencia, joven por la mayor parte, todo se tragaba, instalados de *cualquier modo*, á *la pata la llana*, en medio del suelo ó sentados sobre cuanto tiesto, redondel, manta ó jamuga á mano se encontraba. Afortunadamente ayudaba á sobrellevar los *errados* guisos, el haber *otros platos bien hechos* que comer, y mil chucherías traídas por los participantes... y la mucha broma.

« Comida hecha, compañía deshecha », y se principiaba á pensar en el *retorno*, tratando de dar

cada cual con su respectivo burro para encaramarse encima (excuso decir que se había venido de borricada); luego había también generalmente una carreta de bueyes, que ofrecía bastante cómoda colocación, y era pintoresco ver, por su adorno de blancas sábanas y espesa empalizada de cañas de maíz con sus hojas de alegre verde claro, que daban simultáneamente fresca sombra ó eficaz abrigo.

Apelotonándose dentro, sentados á la turca, se estaba tan bien, que hasta se podía echar un sueñecito, mecido por el lento movimiento del pesado paso de los bueyes (cuya locomoción es tan asemejada á la de la tortuga), ó arrullado tal vez por el canto de alguna adormecedora malagueña, unido al suave rasgueo de la guitarra, distracción que solían darse algunas para que pareciese menos largo el camino.

Y ahora, ¡adiós Puerto Real! Y como ya está para mí el sol para ponerse, de seguro será este adiós, mi ¡para siempre adiós!

## CAPITULO VII

¡De máscara! — La Piñata. — Los Todos Santos. — Sillas de mano. — El Teatro. — El día de Corpus. — La custodia. — Hermano Pérez. — Las vendedoras. — Buñuelos, bocas de la Isla, higos de tuna. — Vendedor de flores. — La tía Norica. — La matanza. — El chocolate. — Despedida.

Me quedan aún unos episodios gaditanos en la memoria, que quisiera mentar, porque si no *me los cuento*, van á seguir *dale que dale*, queriendo ser recordados. Pongo por caso, verbi gracia, lo que se alborotaba el infantil cotarro en casa al llegar el Carnaval, principiando con la alegría de poder comprar caretas, y luego con vestirse de máscara. No eran complicados los preparativos de los trajes, pues los niños se vestían tan satisfechos de... cualquier cosa, y las niñas quedaban despachadas con ponerse de beatas.

Este cómodo disfraz consistía estando ya de enaguas blancas, en atarse otra á la cintura, remangada sobre la cabeza, y arreglada sobre la frente de la careta, á estilo de monja.

Se nos permitía ir con nuestras amas secas á

casa de varias amiguitas, para *intrigarlas*, lo que consistía en preguntarles misteriosamente: — *¿Me conoces?* á lo que respondían (no siendo de extrañar por saber quiénes éramos): — *¡Te conozco!* y cuando las mismas amiguitas venían á su vez tan translucientemente disfrazadas como nosotras á devolvernos la *intriga* se renovaban las mismas preguntas y respuestas, gozando tan ingenuamente de nuestro maquiavelismo, que da gusto recordar tanta inocencia.

Llegaba luego el *Domingo de Piñata* y nuestra buena Mariquita se rodeaba de todos nosotros para emprender el adorno y armazón de la *Piñata*.

Este nombre se daba á una inmensa olla de vidriado y delgado barro obscuro, las mismas que sirven para poner el puchero, que había que cubrir con papeles recortados blancos y de varios colores y de oro, añadiéndole, según el gusto de cada cual, moñas de cinta, flores contrahechas, etcétera.

Se llenaba de dulces, envuelto cada uno, según la moda confitera, en un papel retorcido por cada lado y desflecado en sus extremidades.

Suspendíase luego por fuerte cuerda, que, pasando por una gran argolla fijada en el techo, tenía que llegar á manos de la persona encargada de hacerla subir ó bajar luego, cuando se tratara

de defender la olla, contra los que buscaban romperla.

La regla del juego era: con los ojos vendados probar de dar un buen palo á la *Piñata*; éstos se fijaban á dos ó tres por persona, y cada niño apaleaba por turno.

Cuando por casualidad llegaba uno de ellos á tocarla, era mucho más difícil pudieran hacer otro tanto los que la atacaban después, por el vaivén que le quedaba, y cuando por fin los pobres *lidiadores* no podían más, se apiadaba de ellos alguna *persona grande*, que haciéndose vender los ojos tramposamente, viendo bien, por consiguiente, lo que había que hacer, daba un buen trancazo y abajo venía, por fin, hecha tiestos la *Piñata*, cubriendo el suelo con sus contenidos tesoros.

Antes de llegar el deseado desenlace, habíase alejado, porque no le cogiese algún tiesto de la olla, la *gente menuda*, á la que, derrotada la *Piñata*, se daba rienda suelta para que pudiera *arrastrarse* á su gusto, á ver quién podría abarcar mayor parte del ofrecido festín de Baltasar. Esto era la *Piñata*.

Cada época tenía en Cádiz su especial uso, y cuando llegaba el día de Todos los Santos (*toos Santos*, como decían allí), había entre la gente del pueblo, notablemente, la extraña costumbre

de trocar regalos llamados *los todos Santos*. Eran estos dichos *Santos* una colección más ó menos completa, según la importancia del donativo, de los productos fructíferos de la estación.

El hermano de nuestra Mariquita, que era sacristán mayor de la catedral, se mostraba muy generoso con ella, mandándole todos los años un gran saco de cañamazo rebosando de *todos santos*, representados por exquisitas batatas de Málaga, castañas, nueces, peras, etc.

Caritativa y cariñosamente, nos dejaba María *escarbar* en el saco y apoderarnos de lo que más nos llamaba la atención, y no dejaban de hacerlo *muchos* de los santos.

¿Si habrá aún *los todos Santos*?

Me temo no sean actualmente sino cosa de tiempo pasado, y que no existan ni esa ni otra costumbre que se usaba, la de ir al teatro las noches de mal tiempo... en silla de manos, lo que era muy aviado y cómodo; probablemente sea costumbre ya *mandada recoger* también, pero no hay duda que se estaba muy bien en esas sillas y que eran muy pintorescas.

Tenían particular habilidad los portadores para manejarlas, y en casa, subían perfectamente al entresuelo. Cargaban con la *carga* y bajaban la ancha escalera de mármol de casa, como... por la suya.

El portador de delante subía para ello muy en alto sus brazos, mientras que por detrás su compañero se agachaba lo más que podía y así quedaba perfecto el equilibrio del anticuado pero cómodo medio de transitar, sobre todo cuando se trataba de una persona solamente, pues en siendo cuestión de transportar toda una familia, era algo largo por necesitarse un viaje por miembro de ella, ó dos á lo más, si eran de ligero peso. ¡Pero en Cádiz estaba todo tan cerquita!

No ya tan cerquita de casa, como por este dicho se pudiera inferir, se hallaba nuestro gaditano teatro *El Principal*, el único al que concurría *la gente decente* y al que las sillas de manos me conducen derechito, no porque haya hoy mal tiempo, sino por encadenamiento de ideas.

Lo mismo que cuando niñas era en Puerto-Real el bello ideal ir en borrico, para mi compañera hermana y yo, igual bello ideal era en Cádiz, cuando pollas, ir al teatro, lo que interesaba igualmente á todas las muchachas.

¡Qué alegrón tan grande cuando nos anunciaban nuestros buenos padres, gozando del gusto que nos iban á dar, que teníamos palco para la noche! Echábamos á correr á nuestro cuarto á ver qué nos podríamos poner, saliendo á volar nuestras modestas galas; y después de preparar las adecuadas, ya satisfechas sobre este importante

renglón, nos devanábamos agradablemente los sesos, sobre *quién habría* y *quién no habría*, etc.

Después de comer de prisa, y poco, y sin ganas, por lo preocupadas de la pendiente diversión, nos aviábamos con nuestras preparadas galas, y tempranito, para no perder nada y llegar antes del principio, nos encaminábamos nuestros padres y nosotras dos al deseado término.

¿Á que ninguno de nosotros los contemporáneos hemos olvidado aquellas noches de teatro, aquellos ratos que allí se pasaban, y que á veces tan buenos, solían tornarse amarguísimos, según las circunstancias?... ¡Cada cual tiene sin remedio que recordar siquiera... algunas!

En cuanto á la fachada de nuestro *Principal*, tengo por fuerza que reconocer que carecía completamente de elegancia arquitectural, y que pasado el umbral era ciertamente algo sofocante encontrarse envuelto en densa nube de humo de tabaco; pero se atravesaba con toda felicidad, no impidiendo que cada cual llegase sano y salvo á sus respectivas localidades, que era lo importante.

Presentábase el teatro de claro conjunto, perfectamente alumbrado, y teniendo el mérito de hacer lucir de un modo admirable por lo diáfano y descubierto de los palcos *el enjambre* de preciosas muchachas que se agrupaban continuamente en ellos.

Á medida que iba llegando la concurrencia, como apenas había un alma que no se conociese, era una de saludos de *nunca te acabes*. Los saludos á sombrerazos de los hombres por un lado, los saludos de abanicos de las señoras por otro, las amables sonrisas entre amigas (y entre amigos y amigas), las conversaciones á media voz (oyéndose á media lengua) ó algún golpe de risa que alegremente estallaba; todo esto producía atractiva animación.

En los entreactos aumentábase ésta con las visitas de las jóvenes de palco á palco, sin perjuicio de los *paliques* que *las de las plateas* tenían el privilegio de poder entablar con algunos de *los del patio*, apoyados éstos con airosa dejadez en el borde de los palcos, mientras que otros de ellos, permaneciendo en sus butacas, se dedicaban á curiosarlo todo con los anteojos. Insufribles en algunos casos estos desvergonzados y escudriñadores instrumentos, se cruzaban entonces con desdeñosas miradas; pero *no insufribles* otras veces, se atraían por lo contrario simpática acogida de risueña correspondencia.

Estas y otras maniobras de análoga telegrafía servían de distracción al *curioso lector*, que en ellas hacía alto, y por estar á menudo en interioridades se divertía en probar de resolver problemas, y en fraguar prólogos y desenlaces de

novelas, no siendo difícil llegar á juntar *cola con cabeza* entre personas tan conocidas como lo éramos casi todas en aquellas reuniones, que por eso tenían tan especial agrado.

— ¡Qué presente tengo el telón! ¡qué de gente mitológica había en él agrupada! Apolo, las Musas, etcétera, y abajo, á la izquierda, una horrible figura de Medusa con su enredada cabellera de víboras.

Por estar nuestro palco, que era de platea, justamente á la izquierda, y casi contiguo al tablado, será por qué, hallándome así tan cerca de la espantosa Medusa, sobresale á mis ojos cuando pienso en el referido telón.

Como me arrastraría á *leguas* el meterme en descripciones de las representaciones allí vistas, y de los actores, bailarinas y demás artistas, me contengo prudentemente por no querer salir de mis casillas, que son modestas y reducidas, y me voy ya con *papá, mamá y mi hermana*. A la salida nos juntamos una *atrocidad* de conocidas, y antes de concluir de dar las buenas noches, y de decir adiós fulanita y adiós menganita, se hace tarde, y emprendemos la vuelta, formando parte de nuestra comitiva los vecinos de nuestro barrio y algunos acompañantes aficionados, y charlando casi todos á una y riendo y embromando se andaba el camino sin sentir, pero turbábamos

en grande el silencio de las desiertas calles que atravesábamos.

Acabábase naturalmente por dar con el sereno, y como en seguida se juntaba con nosotros *con aquel melón se llenaba el serón*, y nos acompañaba hasta casa, donde al llegar empezaban de nuevo las «Buenas noches». «Ea, muy buenas noches.» «Hasta mañana, si Dios quiere.» «Cuidadito.» «Mira, ven acá, oye, no te se olvide», y con estas y otras frases por el mismo estilo concluía la función.

Esta vez sí que va de veras y decididamente concluyo, y concluiré como empecé, por un recuerdo religioso.

Con muchísimo calor, pero con uno de aquellos días divinos de verano de Cádiz, en los que se siente, no obstante, siempre alguna brisa refrescante del mar, me transporto al día solemne del *Corpus*. Me aparecen las calles de la carrera cubiertas entre las azoteas, por espesos toldos de lienzo que dan mitigada luz, moderando lo abrasado de la temperatura. El suelo está cubierto de arena y sembrado de las largas y estrechas hojas de las cañas del maíz; los balcones en todos los pisos de las encaladas casas atestados de gente y todas las mujeres de mantilla negra ó blanca.

La mayor parte de dichos balcones lucen adornados con vistosas colgaduras, unas de damasco,

otras de colchas chinescas con bordados de brillantes colores, sobre rabiosos fondos de hermoso raso, amarillo, rojo, azul, verde, rosa, etc.; otros hay también de magníficos brocados antiguos con oro, y los hay, menos ricos, de floreadas telas de algodón que no dejen de hacer buen papel, formando, con el conjunto de tanto color, pintoresco aspecto.

Tal era como se ofrecía á la vista esta dicha *carrera*, que con imponente solemnidad debía seguir aquel día la procesión que, saliendo de la Catedral, volvería á ella después de largo tránsito.

Donde me veo es en la elegante calle de Juan de Andas, donde regularmente nuestra familia lograba un balcón.

Era esta calle, en mi tiempo, la que reunía las más acreditadas tiendas de la población y era siempre una de las más lucidas como ornato compitiendo en lujo los mercaderes, de los que aún recuerdo los nombres de los principales, que eran Quintín Montañez, Tovia, Pouchan y las tiendas del Pasaje de las Filipinas, etc.

Confieso no alcanzarme bastante la memoria para afirmar el orden exacto de todos los detalles de la procesión, lo que venía primero, lo que seguía, etc; pero salvo la clasificación veo todo.

Adelantándose á paso lento, aparecían arrogantes hacheros con sus inmensas gorras de piel y

sus deslumbradores mandiles de cuero blanco, abriendo la procesión las hachas al hombro, seguidos por las cruces y guiones de todas las parroquias y por cuatro *pasos*. Dos, de los patronos de Cádiz, San Fernando y San Germán y los otros dos con reliquias veneradas: una astilla de la Santa Cruz y una espina de la corona de Nuestro Señor.

Había innumerable clero con elegantes capas negras unos, y riquísimos vestimentos de altar los otros; éstos cargados de relieves en oro y admirables bordados de seda de colores; las albas algunas con encajes de gran valor y venerable antigüedad.

Numerosos habitantes de la ciudad de los de mayor consideración formaban compacta fila por cada lado llevando grandes cirios encendidos; luego todo el Cabildo, precedido por sus maceros vestidos de calzón corto y ropilla de terciopelo verde esmeralda, con entalladuras, dejando aparecer buches de raso blanco; con sus medias de seda y zapatos también de terciopelo verde y con grandes moñas de raso blanco. Completábase el atavío por una corta capa de terciopelo carmesí, galoneada de oro, y una gorra de lo mismo, semejante á la de Enrique VIII de Inglaterra, y por un collar ó cadena al cuello del cual pendía, de plata dorada, el escudo de Cádiz y, finalmente,

al hombro la pesada pero hermosa *caza* de plata con adornos de oro.

Precedido el Cabildo como llevamos dicho, venía tras él su orquesta, en la que lo de notar era un par de hermosos negros con dalmáticas hasta los pies, de damasco grana y galones de oro, que portadores de inmensos contrabajos, que les correspondía el tocar, hubieran podido figurar en un cuadro del Veronés. Otra figura interesante por su vestimento era el *Pertiguero*, que con asemejada dalmática como hechura, la llevaba de hermoso damasco negro con adornos de negro terciopelo también, sombrero bajo con ancha ala, enorme golilla blanca y en la mano una alta y gruesa vara de plata.

Cuando se veía aparecer esta singular figura, ya se sabía que de muy cerca seguía la Custodia.

Era el momento imponente cuando, por fin, se veían lentamente avanzar unas enormes andas, que sostenían y que sobrellevaban por debajo invisibles portadores. Debían tener estas andas unas tres varas y media de largo sobre unas dos de ancho.

La Custodia, verdadero edificio arquitectural, de esmerado trabajo artístico, era toda de plata, midiendo como tres varas de alto y de gran circunferencia.

Consistía su estructura en tres pisos ó planos, disminuyendo gradualmente cada uno de ellos á

medida de su elevación, hasta llegar á su cumbre, que culminaba en elegante cúpula y formaba el santuario, coronado éste por la estatua de la Fe.

Cada plano estaba formado de un centro circunscripto por arcos sostenidos por esbeltas columnas, religadas entre ellas por ricas barandas de pilastras, formando como balcones.

Debajo de la cúpula estaba expuesta la Santa Hostia, visible por todos lados, encerrada entre dos espesos cristales, en un cerco de oro rodeado de espléndidos brillantes, perlas y esmeraldas, del que centelleaban grandes rayos del mismo metal, resplandecientes con las mismas joyas.

Á las columnitas del Santuario iban sujetas, como homenaje al Santísimo, y como súplica de protección para las cosechas, pequeñas haces de espigas de trigo, mezcladas de nacientes ramos de uvas.

Numerosas velas encendidas adornaban las andas, dentro de magníficos faroles, que guarnecíán sus ángulos.

Cuando por algún intersticio del entoldado llegaba, de cuando en cuando, á penetrar un fugitivo rayo de sol y venía á dar sobre la Custodia, haciéndola brillar deslumbradoramente, junto esto con las nubes de incienso que, en torno suyo, se elevaban de los incensarios, enérgicamente balanceados por numerosos monaguillos, y al ver caer

sobre ella tanta hermosa flor como de los balcones le echaban mujeres y niños, arrojándose todo el mundo de rodillas al paso del Santísimo... ¡qué dulce impresión se experimentaba y cómo le latía á uno el corazón, elevándose el alma! <sup>1</sup>

Más que probable es, que no vuelva yo jamás á ver aquel día del Corpus, de pasados tiempos, en mi Cádiz, pero quédame su memoria intacta.

\* \* \*

Basta ya de desahogos y de *chocheras*; aquí me paro, porque sino sería cuento de nunca acabar; pues aún tengo la cabeza *bomba* con la baraúnda de cosas que en la memoria me quedan embutidas, y que pudiera sacar *del limbo*, pero... ¡*vade retro!* pues ¿á dónde iríamos á parar si me metiese en relatarlas todas? Solo en Puerto-Real

1. « La gran Custodia en que se conduce la Divina Majestad el día del Corpus es magnífica y toda de plata, construída á expensas del Ayuntamiento para el exclusivo servicio de la iglesia de Cádiz, por el artífice Antonio Suárez: principiósse el año 1648 y concluyósse el de 1664, en el cual salió por primera vez en la procesión. Su arquitectura es en la mayor parte corintia, aunque para hermosearla tiene algo de dórica; la idea de la obra es la antigua torre de las Casas Capitulares, siendo su traza cuadrada y constando de tres cuerpos minorados en proporción. Los frontales del carro en que se conduce son igualmente de plata y fueron hechos en 1740 por el artífice Juan Pastor. En el todo de esta suntuosa y rica alhaja, es digno de examinarse el primor y excelente ejecución del cincelado y adornos, de trabajo y gusto exquisitos, los cuales, así como las esculturas, son del artista romano Bernardo Cientolini, quien en 1698 enmendó los defectos de la obra, renovando y añá-

para hablar, por ejemplo, de los salados dichos de los hombres del pueblo, de los que tantos, á cual más graciosos, me zumban aún hoy en los oídos, hubiera podido llenar páginas enteras, y otras muchas, citando los airosos arranques que solían acometer á aquella gente, como, pongo por caso, cuando algún muchacho al ver pasar una mujer de su gusto, abajo iba á sus pies el sombrero á la calesera, ó la capa, con un enérgico ¡ Viva la gracia ! y... lo que además se le ocurría.

¡ Y si quisiera pintar detenidamente lo de originales tipos puertorrealeños que pululaban!...

No lo haré; pero no hay remedio, tengo aún que dejarme ir á hablar de *algunas cosillas* más; pero de priesa y corriendo y de cualquier modo; lo prometo.

diendo algunas partes. La constituyen tres cuerpos, teniendo el primero 1<sup>m</sup>,560 de alto, 0<sup>m</sup>,982 el segundo y el tercero 1<sup>m</sup>,103; que con 0<sup>m</sup>,413 que mide la estatua de la Fe que la corona y 1<sup>m</sup>,410 el carro, constituyen su altura total de 5<sup>m</sup>,470: el referido carro se prolonga 3<sup>m</sup>,040 por sus costados y su ancho es de 1<sup>m</sup>,810; teniendo de alto 0<sup>m</sup>,950 los cuatro hermosos faroles, también de plata, que se colocan en sus ángulos. La custodia pesa 391'079 kilogramos, á los que agregando 161'281360 de los frontales del carro y 53'559486 de los faroles, ascienden á 607'919860. Su costo fué el de 125,300 pesetas la Custodia, 78,112'02 las caídas y 23,765'40 los faroles; en conjunto 227,174'42. »

No fiándome de mi memoria pedi, ya escrita la explicación de la Custodia, rectificaciones á Cádiz. Estos detalles, mandados de Cádiz, me han permitido poder dar las medidas con seguridad. Por lo demás, la descripción de la Custodia ha sido aprobada como exacta por persona competente en la materia.

¿No os rejuvenece, amigos de entonces, el pensar en aquel extraño *hermano Pérez*, verdadero esqueleto ambulante á una enorme nariz pegado, que sacristán de oficio, era mercero por afición, y venía á vender á las casas?

No le hacían gracia los niños, porque lo molestaban al pobre, queriendo curiosar todo lo que traía para vender, quedándose con la boca abierta, cuando lo veían ponerse á contar las hebras de seda, de las que sólo daba cinco (y muy cortas), por un cuarto.

¡Y las vendedoras! ¡Qué otros tipos de semi-contrabandistas! Chismosas y charlatanas como ellas solas; pero qué útiles, y con qué desatino las recibían las criadas, que se morían por comprar; ¡cuánto le compraban! lo que nada tenía de extraño, porque solían traer muy bonitas cosas, y las tiendas escaseaban allí.

Buenos sofocones les costaba á las infelices llevar á cuestras el pesado lío que contenía sus mercancías; pero qué importancia se daban y con qué majestuosa cachaza se ponían á desenvolverlo; y lo que había que quitar de alfileres con los que venía sujeto antes de presentar á la impaciente clientela las prendas que encerraba: muselinas pañuelos de seda, etc., y principalmente, preciosos percales, de los que tanto vestidito se nos hacían... Me iba desbocando; enrayo, pero... sigo,

pues aunque no fuera más que por agradecimiento, cómo no mentar aquellos amenos convites que se hacían con toda franqueza de muchachos á muchachas, por ser Puerto-Real el *campo*, como el ir á comer buñuelos (¡ lo qué me gustaban !), ó dulces, ó á comer bocas de la Isla, que es á lo que tenía menos afición, ó á comer higos de tuna. ¡ Qué frescura tan especial la de esa agresta fruta tan á propósito para los días de calor!...

Por nada de este mundo quisiera tampoco pasar por alto al vendedor de flores de mis 'calles de Cádiz; qué canasta tan divina, por las flores que contenía, era la que llevaba aquel hombre colgada del brazo por su asa de junco; era ovalada, grandísima y baja, y alrededor, de trecho en trecho, iban sujetas unos cortos canutos de caña, principalmente reservados para los claveles; los había tan hermosos, que era para quitarle á uno el sentido. ¡ Lo que trasminaban !

¿ Y dónde me dejáis, si no siguiera enrayando (aunque tal vez no se conozca mucho), lo que tuviera que extenderme, si describiese prolijamente los lances del teatro de muñecos (la alegría de los niños) de la entonces tan famosa *Tía Norica*? Pero lo que es pasarlo *por alto*... no lo puedo. *Encajo*, pues, aquí, que esta Tía Norica era una desdichada viejecita que tenía, por desgracia, un nieto muy mala cabeza, llamado *Batillo*, que

se moría por torear. Acontenció que un día, que estaba moliendo hasta no más á un toro de mala intención, furioso el animal, embistió con el burro en el que la pobre Abuelita se iba á la plaza, y dió en tierra con la infeliz vieja. Ésta manda por el escribano para hacer testamento, y *nosotros los niños*, tomando muy á pecho la catástrofe, quedábamos conmovidísimos primero, para morirnos luego de risa con la relación de los estrafalarios legados de la infeliz Tía Norica. Como muestra, doy los siguientes :

« Una silla que no tiene asiento, ni pies, ni perrilla. »

« Un San José. » Preguntándole el escribano dónde estaba, le contesta : « Toma, pué en puerta e Tierra. »

« Qué sé yo cuanta peineta en casa de señó Villeta. » (Era Villeta un fabricante de peines de Cádiz.)

« Una pieza de Holanda, de la calle de Juan Andas. » (Calle de Cádiz.)

« Una mantilla de anascote que, cuando me la pongo, se me ve el cogote. »

« Un reloj de sobremesa, que le faltan todas las piezas. »

« Un marranito, como e señó escribano »

« Un barri de vino Moscaté, pintao en la paré. »

Etcétera, etc.

Mientras escribe el escribano no para *Batillo* de preguntar: « ¡Y á mí qué me deja, abuela? » Y ésta, con no menos constancia, le contesta cada vez: *Calla, chiquillo*.

Esta leyenda de la Tía Norica sólo venía para concluir la representación, que principiaba por la relación bíblica que cuenta como la Sacra Familia pasó por mil peripecias desde el viaje á Belén hasta librarse de Herodes el niño Dios.

Olvidaba que, como prólogo, principiaba esta parte de la función, por el Paraíso terrenal. En él salen Adán, Eva y la Serpiente; comen la manzana, y como es consiguiente, aparece luego un ángel muy grande, con una espada muy grande también, y los echa fuera del hermoso Paraíso (que, entre nos, poco de encantador tenía.)

Venía luego la Anunciación, muy prosaica, por cierto, la voz del ángel que salía de detrás de la decoración del fondo.

San José y la Virgen van caminando, y piden posada, que se les niega, por un posadero de lo más soez.

El Portal de Belén.

El Ángel anuncia á los pastores el nacimiento del niño Dios.

Los reyes Magos.

La Presentación al templo, en la que sale un monaguillo vestido de actualidad, que apaga las

luces del templo, concluída la ceremonia. Y por fin, cuando el aborrecible Herodes atravesaba con sus soldados el escenario en busca *del niño*, San José y la Virgen huyen y llegan á poderse esconder detrás de una palmera que se entreabre y extiende sus hojas para ocultarlos.

Originales hasta *no más* eran los muñecos, pero lo que no hubiera con qué pagar, fuera poder reproducir *in extenso* los coloquios que entre *ellos* pasaban, con detalles tan de confianza y con una despreocupación tan ingenuamente indecorosa, para el papel que representaban, que á la gente grande no le era siempre fácil el mantenerse seria.

Ni con media resma de papel tendría para explicarlo todo; sigo, pues, *enrayando* para no tener que abandonar lo de la *matanza*. Esta ocurría cada año, siendo casi de obligación comprar cada familia un cochino; era curiosa la animadísima rebujina que ocasionaba el sacrificio de la desgraciada víctima, transformándose cuantas criadas teníamos en improvisadas morcilleras y chorizeras, lo que á todas encantaba, no sé por qué, pues á la verdad, era obra de poco apetitoso aspecto.

¡Qué agudos chillidos daba el pobre animal cuando entraba por casa, mostrando lo sin gana que debía venir, y quién sabe si no le daría el corazón algún funesto presentimiento!

Imponente era cuando, á poco rato, dominaba súbitamente profundo silencio, por hacerse uno cargo del ocurrido drama.

Como agradable contraste á esta revolución casera, teníamos otra, menos completa, más suave, y mucho más á gusto de *nosotros los niños*; aludo á la tarea del chocolate, que también anualmente se fabricaba en casa para la familia, siendo nuestro padre el proveedor del cacao, para estar seguro que no nos diesen gato por liebre y que los trabajadores especialistas encargados de la obra la labraran con todo esmero. Nosotros, entretanto, rodea que rodea en torno de los chocolateros, hasta alcanzar el hito de poder arrebañar algo de la apetitosa mescolanza que olía á gloria y nos sabía á lo mismo.

¡Ojalá pudiera quedarle á mis lectores sabor á gloria en la mente, *tragadas* estas *desvariadas* páginas! no lo espero, mas me contentaré con no haberles parecido demasiado *posma*, y que no vayan á exclamar *Laus Deo*; y si por desgracia los hubiese encocorado, no lo quiero saber, porque lo sentiría en el alma. Muy cierto es lo del proverbio: « Muchas manos en un plato, pronto dan arrebató »; pero tocante al *plato de los recuerdos*, será porque sólo tengo dos manos, y que no sea esto bastante para agotarlo, por más que las meto en él; peor pasa que con las mitológi-

cas cabezas de la hidra de Lerna, á la que, á medida que se le cortaba una, dicen que le salía otra; pues cuando quiero apartar un tenaz recuerdo, surgen de seguida *á lo menos* dos ó tres en su lugar.

De esta hecha ya es cosa formal; no se trata ni aun de *enrayar*, sino de *concluir*. Conque amigos; ¡con Dios!

\* \* \*

Ahora bien: si algún día topase un extraño con estos redactados *mementos* y las expresadas exclamaciones y suspiros, y se le ocurriese preguntar: — ¿Por qué se habrá metido esta buena señora á contar todo esto? la buena señora pudiera sencillamente responderle, sin aspereza, pero con cierto melancólico disgustillo: — *Pues hombre, ¿qué sé yo?*

Paris, 5 de diciembre de 1898.

## INDICE

CAPÍTULO I. — Presentación. — La familia. — Los jubileos en Cádiz. — El Judas. — El Gallumbo. — Las boricadas. — Las brevas y las moras . . . . .	1
CAP. II. — Amos y criados. — Bailoteos en Puerto-Real. Los estudiantes. — Anisete y bizcochos. — ¡Abuelita! Barquillos con merengue. — Castañas tostadas. — Caramelos de violeta. — El aguador . . . . .	15
CAP. III. — El Nacimiento. — Villancicos. — Zambombas y panderetas. . . . .	29
CAP. IV. — Los ciegos de Navidad. — La Nana. — El sereno. — ¡La Majestad! — Los cartuchos de dulces. — Los coches. — Carneros y vacas. . . . .	47
CAP. V. — Los zapatos de orillo. — La mantilla. — El agraz. — Jueves Santo. — Abanicos y rosarios. — Cruz de Mayo. — La azotea y la torre. . . . .	59
CAP. VI. — Los cajones. — Las lecherías. — El freidor. El falucho. — La casa de Puerto-Real. — Los azulejos. Las bateas de dalias. — Los grillos. — Las salinas . .	73
CAP. VII. — ¡De máscara! — La Piñata. — Los Todos Santos. — Sillas de mano. — El Teatro. — El día de Corpus. — La custodia. — Hermano Pérez. — Las vendedoras. — Buñuelos, bocas' de la Isla, higos de tuna. Vendedor de flores. — La tía Norica. — La matanza. El chocolate. — Despedida . . . . .	89

12.000  
1.000  
C. ...  
R. ...

1/2 telu ...  
... ..

-AN  
-CAD

